

Moenia 18 (2012), 217-254.
ISSN: 1137-2346.

Pérez de Ayala y Ortega y Gasset: testimonios de una amistad. Trece cartas en su contexto (1904-1913)

Ángeles PRADO
Indiana University Northwest

A Florencio Frieria Suárez,
con quien estamos en deuda todos los ayalistas.

RESUMEN: La Agrupación al Servicio de la República, formada en 1931, vino a ser la última en una serie de iniciativas políticas y culturales en las que Ramón Pérez de Ayala y José Ortega y Gasset habían colaborado desde los comienzos del siglo XX. El protagonismo político de uno y de otro se ha estudiado, pero poco sabemos acerca de la naturaleza de la amistad que sirvió para unirlos en el afán común de reformar su patria. Ninguno de los dos escribió sus memorias y, aunque se ha especulado sobre la naturaleza de su relación personal, no disponemos de muchos datos que nos la aclaren. Afortunadamente se conservan algunas cartas que se escribieron; de ellas solo dos han visto la luz. Damos a conocer una parte de esa correspondencia privada (1904-1913) junto con algunos datos que iluminan el contexto en el cual fue escrita. La imagen de Antón Tejero (Ortega) creada en la novela *Troteras y danzaderas* se analiza y se coteja con la realidad biográfica su modelo en 1912; luego se comenta a la luz de una de las cartas escritas por Ayala al filósofo. Esta correspondencia ofrece datos autobiográficos de gran valor sobre dos intelectuales destacados de la España del siglo XX.

PALABRAS CLAVE: José Ortega y Gasset, Ramón Pérez de Ayala (1904-1913), cartas inéditas, amistad, datos autobiográficos, *Troteras y danzaderas*.

ABSTRACT: The Agrupación al Servicio de la República, organized in 1931, came to be the last in a series of cultural and political initiatives in which Ramón Pérez de Ayala and José Ortega y Gasset had collaborated since the beginning of the twentieth century. The political role played by each of them has been the subject of many studies, but we know little about the nature of the friendship that united them in their shared desire of national reform. Neither of them wrote memoirs, and although there have been speculations about the nature of their relationship, we do not have many facts which shed light on it. Fortunately, some of the letters exchanged between them have been saved, and only two of those have been previously published. A part of that unpublished correspondence (1904-1913) is provided in this article, along with information which illuminates the context in which it was written. The image of Antón Tejero (Ortega), created by Ayala in his novel *Troteras y danzaderas*, is analyzed in terms of its fidelity to the biographical reality of its model in 1912; then it is considered in the light of one of Ayala's letters to the philosopher. This correspondence contains valuable autobiographical information about two of Spain's outstanding twentieth century intellectuals.

Recibido: 15-5-2011. Aceptado: 23-9-2011.

KEYWORDS: José Ortega y Gasset, Ramón Pérez de Ayala (1904-1913), Unpublished letters, Friendship, autobiographical information, *Troteras y danzaderas*.

Poco sabemos sobre la amistad de Pérez de Ayala con José Ortega y Gasset. En sus propios escritos no se encuentran muchos datos que nos la aclaren. A pesar de haber sido activos en la vida pública, y de haber escrito prolíficamente, tanto Ayala como Ortega eran pudorosos en lo que concernía a su vida privada. Es posible espigar en los ensayos de uno y de otro algunos —pero pocos— datos autobiográficos¹. Huelga decir que ninguno de los dos llegó a escribir sus memorias.

Afortunadamente, se conservan en la Fundación Ortega y Gasset algunas cartas intercambiadas entre ellos. En un trabajo todavía inédito, examino esas cartas junto con otros escritos suyos para poner de relieve tanto las simpatías como las diferencias que caracterizaron su amistad y su relación intelectual a lo largo de casi medio siglo. En el presente artículo me limitaré a reproducir una parte de su correspondencia, agregando los apuntes necesarios para iluminar el contexto en el cual fue escrita².

Tras haber estudiado en la Facultad de Leyes de la Universidad de Oviedo, Pérez de Ayala se licencia en octubre de 1901, y al año siguiente marcha para Madrid, donde piensa doctorarse (Martínez Cachero 1981: 28). Jesús Andrés Solís (1979: 42) autor de una biografía temprana del escritor asturiano, cuenta que Ayala y Ortega se conocieron en los claustros universitarios. Aunque estudiaban en distintas facultades, puesto que este estaba en Filosofía y Letras y aquel en Leyes, el claustro era común a ambos. En sus conversaciones con el joven amigo madrileño, Ayala le revela sus aficiones literarias, refiriéndole sus colaboraciones en el periódico ovetense *El Porvenir de Asturias* e indicándole su deseo de escribir en la prensa de Madrid. En otra biografía parcial, que relata la juventud de Ayala, Pérez Ferrero (1973: 101) afirma que «una de las primeras personas con las que entabla amistad [...] una amistad entrañable, fraternal que había de durar siempre, fue con José Ortega y Gasset».

En junio de 1902, a la edad de diez y nueve años, Ortega se licencia en Filosofía y Letras. Su primer artículo «Glosas» aparece en diciembre en la revista *Vida Nueva* (Pérez de Ayala 1963: 13-18). Vale la pena subrayar un hecho. Ortega se inicia en el mundo de las letras como crítico literario, y su amistad con Pérez de Ayala —que, antes de venir a la corte ya se había señalado en Oviedo por sus traducciones de los simbolistas franceses y por su extraordinaria cultura literaria— es la amistad de dos literatos. Asisten juntos a la tertulia de Juan Ramón Jiménez recluido en aquel tiempo en el Sanatorio del Rosario (Gamallo Fierros 1981: 296). También acuden los dos a

¹ En el caso de Ortega su «Prólogo para Alemanes» (1965: 15-58) es uno de los pocos textos en los que él mismo nos da acceso a su trayectoria ideológica y vital. Otro sería el «Prólogo-Conversación» escrito por Fernando Vela al ensayo de Ortega «Goethe desde dentro» (1966: 383-93).

² Las cartas se encuentran en la Fundación Ortega y Gasset en Madrid. En 1986 Doña Soledad Ortega Spottorno, hija del filósofo, y Juan Pérez de Ayala, nieto del escritor asturiano, me dieron permiso para hacer la investigación y para publicar las cartas como parte de un estudio más largo que hasta la fecha queda inédito.

las reuniones en casa de «un cónsul llamado José Cubas», en las que se encontraba el escritor Francisco Navarro Ledesma. Uno de los temas de la conversación era Ángel Ganivet, compañero de universidad y amigo íntimo de Navarro Ledesma³ (Pérez Ferrero 1973: 124).

Otro punto de encuentro para Ayala y Ortega en esta época es el Ateneo, escenario que va cobrar importancia en el orbe ficticio de *Troteras y danzaderas*. Finalmente, recogemos este dato de sumo interés: a través de Ortega, Ayala llega a conocer el mundo de los toreros. Pérez Ferrero (1973: 101-102) cuenta que el asturiano «no sentía por aquel entonces [...] gran inclinación por la fiesta; más bien le parecía una diversión un tanto estúpida y repugnante». Por el camino que le abrió Ortega, Ayala llega a aficionarse a los toros. Sería, andando los años, un sendero fructífero tanto en su vida como en su obra. En los ensayos de *Política y toros* va a detener su mirada en el espectáculo taurino para analizar desde esa perspectiva los problemas que aquejan a su país. En el plano de las amistades íntimas hay que destacar la que mantuvo con Juan Belmonte. Y, más adelante, en 1915, también a instancias de Ortega el autor de *Las máscaras* se dedica en serio a la crítica de teatro⁴.

Por lo que se refiere a las colaboraciones tempranas de Pérez de Ayala durante su periodo de formación, José Martínez Cachero (1981), Florencio Frieria Suárez (1986)⁵ y Amparo de Juan Bolufer (2001) nos dan cuenta de la diversidad de sus escritos, que incluyen no solo narraciones breves y poesías, sino también artículos de crítica literaria, en los que ya se perfilan los rasgos que le van a caracterizar como ensayista. Habiendo revisado los escritos de Ayala en su juventud, Martínez Cachero pone de relieve una cualidad suya que le parece fundamental: una actitud moral y mental que Rubén Darío había caracterizado como «una hermosa independencia de espíritu que le hace decir lo que quiere» (1981: 28).

Entre las actividades del joven asturiano poco después de su llegada a la corte, figura la fundación de la revista mensual *Helios*, publicación modernista de breve vida, que sale a la luz en abril de 1903. Se ha sugerido que la idea de lanzar este se-

³ Las cartas que Ortega escribe a Navarro Ledesma desde Leipzig en 1905 se encuentran recogidas en su *Epistolario* (1974: 11-57). En noviembre de 1905, unos meses después de fallecer Navarro Ledesma, Pérez de Ayala publica en *La Lectura* el artículo «Navarro Ledesma. Los guantes grises».

⁴ Con el seudónimo «Plotino Cuevas», en la revista *Europa* (6-3-1910) Ayala reseña una obra de Galdós, *Cassandra* (Pérez de Ayala 1963b: 27-46). A instancias de Ortega y Gasset, escribe para la revista *España* (12-3-1915) un artículo demoledor sobre *El collar de estrellas* de Jacinto Benavente (Pérez de Ayala 1963b: 78- 90). Sin duda había tras este ataque un motivo político, puesto que Benavente era germanófilo y había criticado a los redactores aliadófilos de la revista *España*. Vid. las declaraciones de Ayala en la entrevista que le hizo Julio Trenas en 1958, en *Índice de artes y letras*, año XII, n.º 116.

⁵ En su valioso libro *Pérez de Ayala y la historia de Asturias* (1880-1908), el historiador Florencio Frieria Suárez reseña cuidadosamente las colaboraciones periodísticas de Ayala durante este periodo, e ilumina el sentido de varias obras juveniles del escritor. De interés especial es su comentario detenido de la novela *El último vástago* (1905); vid. pp. 348-500.

manario nació durante las visitas que sus amigos le hacían a Juan Ramón Jiménez. (O’Riordan 1973: 62). Al parecer, se concibió la revista porque los jóvenes artistas encontraban dificultades al tratar de publicar sus originales en los periódicos y en las revistas importantes⁶. Entre los fundadores, junto a Juan Ramón, Gregorio Martínez Sierra, y Pedro González Blanco, se encuentra Ramón Pérez de Ayala (Martínez Cacho 1981: 27-38). En *Helios* el joven escritor publica poemas, relatos, reseñas y comentarios.

Entre ellos figura el comentario sobre un libro de Álvaro de Albornoz «Liras o lanzas» (Pérez de Ayala 1963a: 1122-31) en el que se hace patente la formación institucionista del joven asturiano. Ayala invoca *El ideal de la Humanidad* de Krause, dándonos a entender que su deber frente al problema de la decadencia nacional no es tomar lanzas, sino seguir tañiendo la lira. A su juicio, la literatura no ha de ponerse al servicio de la política, sino al servicio de la humanidad. Ayala propugna el empleo de «lanzas de amor que hieran el costado de la naturaleza divina»⁷. Observamos, de paso, que nunca habrá de abandonar la formación institucionista que había adquirido en la Universidad de Oviedo; el credo krausista informará toda su obra de ficción⁸, y va a influir poderosamente en su manera de entender la crítica y la función social de la literatura. Ortega muy pronto se distanciará del krausismo, viéndolo como una cosa del pasado. En una carta escrita a Unamuno en 1908 se encuentra la siguiente alusión despectiva:

No cuente a los demás que soy neófito científico, ésta fue una galantería que yo dije a Ud. pero que como comprende no tiene significado. Ni crea cuando algún discípulo de la Institución se lo diga que soy dogmático. Para esos señores dogmático es todo el que cree que A=A (Ortega y Gasset 1987: 75).

En *Helios* publicará Pérez de Ayala «unos versos muy repulidos y cincelados» —según su propio autor— que llamaron la atención a Miguel de Unamuno. Sin nombrar al poeta, el profesor de Salamanca comenta, en otro periódico, esos mismos versos «insinuando ciertas ironías paternas acerca de la excesiva preocupación por la bella forma» (Pérez de Ayala 1965: 126). En una confesión hecha más tarde, Ayala revela que se sintió en aquel momento molesto e incomprendido, y decidió «menear la pluma y hacer una exposición de fe poética». Se trata del poema intitulado «Coloquios», publicado en *Helios* en el número VII⁹. Recordando esta temprana réplica dirigida a Unamuno, el Ayala maduro declara que «trasciende alguna impertinencia y altivez, que no me desplacen, porque entiendo que es un gesto que va bien en el rostro

⁶ Es lo que afirma en sus memorias María Martínez Sierra, mujer de uno de los fundadores de la revista, Gregorio Martínez Sierra. Vid. el estudio de O’Riordan (1973: 61). Por su parte, Víctor García de la Concha (1970: 74) afirma que la idea de fundar *Helios* nació de Ayala.

⁷ Ensayo publicado en *Helios* (nº 9, diciembre de 1903).

⁸ En su excelente libro *El humanismo armónico de Ramón Pérez de Ayala* (1998), Juan Ramón Prieto Jambrina analiza la importancia de las ideas krausistas en la creación literaria del autor asturiano.

⁹ Lo dedica a Miguel de Unamuno y a José Martínez Ruiz.

de la juventud». (1965: 127). Uno de los lectores atentos de *Helios* es su amigo Pepe Ortega, que le escribe enseguida desde Madrid. Pérez de Ayala se encontraba entonces veraneando en Noreña.

El Ateneo de Madrid
9-X-03

Mi querido amigo:

He recibido hace un momento *Helios* y cojo la péndola para felicitar a Ud. sinceramente por sus «Coloquios».

En la nota para *El Imparcial* hago especial mención de ellos.

Son encantadores. Ça va...su pentecostés.

Mi padre¹⁰ los ha leído y le han agradado mucho: él fue quien me hizo fijar la atención. Es la gran ocasión para que me mande un artículo para los *Lunes*.

Muy suyo affmo. amigo

José Ortega y Gasset

Aquí tenemos el dato concreto que corrobora lo que se ha venido diciendo en las biografías dedicadas a Pérez de Ayala. Por ejemplo, Pérez Ferrero (1973: 125) indica que «los buenos oficios de José Ortega» introdujeron al autor asturiano en el periódico *El Imparcial*. En efecto, en los *Lunes* este da a conocer su cuento «Quería morir» (1-3-1904)¹¹.

No se limita el joven madrileño a ser solo lector de *Helios*. En diciembre de 1903, escondiéndose bajo el pseudónimo Rubín de Cendoya (O’Riordan 1973: 80), publica un artículo dirigido a Francisco Grandmontagne, quien por aquel entonces hacía una gira propagandística por España con el propósito de fomentar el comercio hispano-argentino. No deja de tener interés esta curiosa máscara asumida por Ortega al hacer presencia en las páginas de una revista creada como órgano militante para la divulgación del credo modernista. Este personaje imaginario, Rubín de Cendoya, volverá a aparecer en otros escritos juveniles suyos a los que dedicaremos alguna atención más adelante. En un artículo de 1904 sobre la *Sonata de estío* de Ramón del Valle Inclán, Ortega pone muy en claro que el novelista gallego le parece anacrónico («un artista raro, flor de otras latitudes históricas»), y afirma, con respecto al estilo del autor, que «ese preciosismo [...] a veces empalaga», y como ejemplo para los jóvenes imitadores puede ser «pecaminoso y nocivo» (1963: 20, 27) Ahora bien, en 1902, Pérez de Ayala había publicado en un periódico ovetense (*El Progreso de Asturias*) la novela corta *Trece Dioses*, que se inspira precisamente en la *Sonata de otoño* de Valle

¹⁰ José Ortega y Munilla (1856-1922) escritor y periodista; dirigió el suplemento literario «Los Lunes» de *El Imparcial* desde 1879 hasta 1910 cuando se convirtió en director del periódico. Fue elegido a la Real Academia de la Lengua en 1902.

¹¹ Notamos una observación interesante hecha por Patricia O’Riordan (1973: 67): «[...] el único periódico que se interesa por *Helios* es *El Imparcial*».

Inclán¹². Ya en estos primeros años de la amistad entre Ortega y Ayala, un examen de los escritos de uno y de otro nos permitirían perfilar diferencias de opinión.

Durante este mismo periodo, el escritor asturiano también estrena varios seudónimos. En *Helios* (agosto de 1903), firmado con el seudónimo Raimundo de Peñafor, aparece un artículo suyo intitulado «Literaturas del Norte» en el que estudia la «septentriomanía» de algunos escritores franceses y nos muestra, observa Amparo de Juan Bolufer, «un joven Pérez de Ayala informado de la reciente literatura extranjera, alardeando de conocimientos y lecturas» (2001: 300). En la revista *Alma Española* (febrero de 1904) publica con la firma «Clavigero» su primera «plática» cuyo tono agresivo nos remite a los «Paliques» de Clarín. En la segunda plática revela que el seudónimo se lo había proporcionado Ruskin «en una amable donación mortis causa» (Prado 1980). Ya se apunta aquí un rasgo importante suyo, la inflexión hacia la cultura británica, que lo va a distinguir de su amigo Ortega, que va a inclinarse hacia la alemana. En ese mismo número de *Alma española* en que se encuentra la firma «Clavigero» figura un escrito intitulado «La educación estética: baile español»¹³, firmado por Don Melitón Pelayo. Cuatro meses más tarde (14-6-2004) se identificará este personaje imaginario, un alter ego de Ayala, en una crónica publicada en *El Gráfico* con el título «La caverna de Platón» (Pérez de Ayala 1963a: 1117-74)¹⁴.

En agosto de 1904, Pérez de Ayala se encuentra de nuevo en Asturias, y su amigo madrileño vuelve a escribirle. Para entender mejor el contenido y el tono de la misiva que en seguida vamos a reproducir, apuntamos primero unos datos sobre las circunstancias vitales y afectivas del autor asturiano en aquel momento. Para ello nos valemos de algunos testimonios valiosos. Uno nos lo proporciona Florencio Frieria Suárez (1986: 371), que entrevistó en 1981 a las dos hermanas de Nieves Camino, «quizá la primera novia del escritor asturiano». En esa entrevista Gloria y Rosario Camino evocaron la imagen del Ayala juvenil recordando que «en aquella época nadie traía el pelo largo, y él lo dejaba largo, así como un poeta» (Frieria 1986: 369). En su apariencia física y en sus costumbres, Pérez de Ayala resultaba «un tanto bohemio». Al respecto, nos refiere Agustín Coletes Blanco (1980: 63) aún más detalles pintorescos que avalan esta semblanza de «un Ayala vestido y peinado a la modernista». Por lo demás, en estos años juveniles el escritor pasa por experiencias amargas y dolorosas. Su madre fallece el 17 de junio de 1903. Al evocar este período de su vida, y refiriéndose concretamente a su temprana obra poética diría Ayala: «Esto del sayal de amarguras es muy propio de los veinte años, edad en que escribí aquellos versos. Verdad que yo aludía a la muerte de mi madre» (1965: 26). En diciembre de 1904 va

¹² Geraldine M. Scanlon (1988) descubrió esta obra perdida. Vid. su edición: *Trece dioses. Fragmentos de las memorias de Florencio Flórez* (1989). Madrid: Alianza.

¹³ María Dolores Albiac (1976) dio a conocer este escrito olvidado, identificándolo como un precedente desconocido de *Troteras y danzaderas*.

¹⁴ Florencio Frieria Suárez (2002) nos revela que Pérez de Ayala utilizó el seudónimo «Viriato Quijada (académico) de la Argamasilla» para una serie de artículos publicados en 1918. Vid. su prólogo al tomo «*Cartas Manchegas*» y otros artículos en «*El Sol*».

a morir a la edad de veinte años su novia Nieves Camino (Friera Suárez 1986: 371). No es de extrañar que en el estado anímico de Ayala predominaran la melancolía y el pesimismo, los cuales no deben interpretarse solo como un remedo de los tópicos que suelen encontrarse en los poetas decadentes; valen también como signos de sus emociones auténticas. La imagen que se nos va formando de él en esta época es la de un joven artista romántico, soñador, y desilusionado.

La carta que a continuación reproducimos parece ser respuesta a otra que Ayala le había escrito pero que evidentemente se ha perdido. El joven madrileño se refiere a esa misiva, indicando que revela el «desparramamiento» espiritual de su compañero.

26 de agosto de 1904

Querido Ramón:

Veo que está Ud. en un momento doloroso: cuando uno se acuesta empieza a moverse en la cama con cierta inquietud hasta que, hallando una postura cómoda, el colchón cede, se hunde y abraza nuestro cuerpo. Creo que cuando reciba ésta habrá Ud. ya serenado, habrá hecho con su cuerpo un hondón propio, personal en el gran colchón de Noreña y habrá empezado la precipitación química de proyectos, ideas y lecturas. A mí me ocurre algo de eso cuando viajo y por eso me aterroriza toda mudanza. Tengo una extraña necesidad de estar en pleno dominio de mí mismo y por eso odio el champagne que nubla la consciencia, y los viajes no sólo le echan a uno fuera de su casa sino hasta de sí mismo, del ideario lentamente formado, de la quietud espiritual lograda penosamente a fuerza de victorias sobre el propio yo y de haber acordado las cien partes del cuerpo y las mil ambiciones del alma, cada una de las cuales tira por su lado. La verdad: yo cuando viajo sufro, me parece que las ideas están en mi cabeza como las pobres camisas planchadas en mi maleta: situación incómoda, oprimida, ilógica, sin perspectiva y lo que es aun peor interina.

¿No obedecerá un poco a esto el desparramamiento que revela su carta? A mí los viajes me descomponen, y hasta el caminar me desasosiega: soy un fakir y no tengo, a fuer de español, ni un céntimo de peripatético. No soy yo hasta que estoy en mi gabinete, solo y con un par de horas por delante, Envidio a esos hombres a quienes el viajar, el moverse, el charlar y el tener que hacer al día muchas cosas diversas no perturban lo más mínimo y conservan en perfecto orden y peso las ideas: es esto tan incomprensible y difícil para mí como galopar con un vaso lleno de agua hasta el borde sin que se vierta una gota. Yo me derramo—que diría Unamuno.

La mutua apoyatura entre ambos me parece muy útil y factible. Dedicuémonos, por ejemplo, durante algún tiempo, como trabajo de fondo (aunque para desengrasar hagamos otras cosas) a estudiar bien el alma española; comuniquémonos los hallazgos, los puntos de vista, las conclusiones, las apreciaciones: una vez fortalecido o rectificado el pensamiento del uno por el otro (esto no supone que no subsistan divergencias), repartámonos la materia según los gustos de cada cual y hagamos una serie de ensayos: es labor, calculo de un par de años. Al cabo de ellos hemos alcanzado hasta un par de tomos por barba que se complementan: hemos dado una visión nueva sugestiva, seria y hasta científica de la estética española (y por incidencia de la religión, de la moral, de la política). ¿No cree usted que ese es un comienzo firme que había de colocarnos fuera del vivir al día de las letras periodísticas actuales? Y si luego al propio tiempo hacemos una labor de creación, ¿no tenemos derecho a acrobatizar un poco, a dar libertad a nuestras sonrisas y a permitir, otorgar a nuestros pies la danza? Fíjese usted lo poco envidiable que resulta la postura de los *perros- sin- collar* que nos han precedido. Seguramente

piensa usted como yo, que ni por un momento, se metería en la piel de los Azorines, Valles, Maéztus y Barojas¹⁵. Estos señores vienen a ser los espárragos trigueros de la literatura, y no por falta de talento ciertamente. Les ha faltado el pedestal, única cosa que permite adoptar posturas extra-vagantes. Con la labor que le indico u otra cosa que a usted le ocurra nos haríamos un par de plintos siquiera de sol y sombra.

Claro que esto supone tener proyectada la ambición sobre cosas realmente fuertes y duraderas, por lo tanto, lentas y trabajosas. Por eso sólo a Ud. le hablo de esto: creo que es Ud. el único capaz de desear algo más que una cita en el periódico. Hay que huir del periódico y hacer labor de Revista para arriba.

En cuanto a mí, exíjome tener ideas formadas robustamente, adquiridas con solidez y no vivir como vivimos pensando en momentos de autosinceridad. Bueno, ¿y yo por qué pienso esto y no lo contrario?

Los escritores extranjeros, aun los que parecen menos científicos, aun los poetas, tienen una cultura mucho más fuerte que nosotros: trabajan más y sólo por eso son más. Ni un solo artículo de Azorín o de Maeztu resiste segunda lectura, y no digamos la crítica.

¿Quiere Ud. hacer eso? Respóndame sí o no.

Creo que hoy se está realizando en España la guerra de independencia contra el positivismo, así filosófico como político, como artístico, como moral. Y vendrá—yo no lo dudo—un resurgimiento verdad de anhelo de cultura: de aquí mi optimismo. Estamos, pienso, llamados a ser literatos en una época en que merecería serlo social y económicamente. Es preciso prepararse bien y echar las raíces todo lo hondo que se pueda, ¿No?... Tengo curiosidad por conocer qué anhelos, como escritor, siente usted. Espero que me los describa como yo lo he hecho.

Escribo ésta a toda prisa. Tengo que ir a la biblioteca de la Academia de la Historia para tomar vientos sobre el Índice.

¿Cómo va el Sentimentalismo? ¿Qué lee?

Sabe le quiere,

Pepe¹⁶

Entre 1904 y 1908, fecha de la primera carta que se conserva de Ayala a Ortega, se verifican cambios significativos en la vida de uno y de otro. Dedicaremos nuestra atención primero a los pasos seguidos por Ortega. En 1904 obtiene el título de doctor con una tesis sobre *Los errores del año mil. Crítica de una leyenda*. En la primavera de 1905 marcha a Alemania para ampliar sus estudios en la Universidad de Leipzig. Pocos días después de su llegada a esa ciudad, le escribe a Navarro Ledesma y le cuenta sus primeras impresiones y su estado de ánimo. La segunda carta (16 de mayo) contiene dos declaraciones que nos llaman la atención. Esta es la primera: «Es indudable que los hombres nobles hemos venido al mundo a filosofar y no a otra cosa». Más adelante afirma:

¹⁵ En un ensayo publicado póstumamente, «Pío Baroja, Anatomía de un alma dispersa», Ortega se refiere a la labor negativa —pero necesaria en el sentido de ser eliminadora— de los escritores del 98. Desempeñaron la función, según él, de «una barbarie redentora». Más adelante afirma: «[...] algunos de ellos apenas si sabían algo. Los que sabían como Unamuno, hacían como que no sabían. Lo que había en ellos de valor nuevo era su mentalidad catastrófica» (1965: 477-501).

¹⁶ Paulino Garragori incluye esta carta de Ortega a Pérez de Ayala en el tomo *Ensayos sobre la generación del 98 y otros escritores españoles contemporáneos* (1981: 294-6).

[...] la filosofía no es nada en sí, a hablar claro; es sólo un procedimiento químico con que tratar una primera materia extraña a ella y esenciarla. Es decir, que el filósofo tiene que buscar su materia en una ciencia especial. Sólo ahondar y ahondar y llegar hasta el mismísimo fondo de una cosa especial, de una ciencia, da al filósofo el secreto universal, el diapasón para mirar a todo lo demás, sin que esto quiera decir que se dé con la verdad, palabra que carece de sentido (Ortega y Gasset 1974: 22).

En estas declaraciones se ve el camino que ha emprendido Ortega; es el que le llevaría a rechazar y a desestimar otro: el de la literatura. «[...] conste de una vez» —le anuncia a Navarro Ledesma— «yo no soy un hombre de letras (¡Esta ha sido la gran salvación de mi viaje!)» (Ortega y Gasset 1974: 26) Vuelve a rehusar el calificativo de «literato» en una carta de 1907 escrita a Miguel de Unamuno.

Yo [...] soy hombre privado, aunque en horas de vanidad llegue a mí el anhelo de un gran soñador, por ej., el alma de un pueblo. Por eso cuando le escribo, le escribo de solo a solo. Y pídele esto porque habiéndome tratado muy poco, no tiene obligación de conocerme e ignora que más listo o estúpido, soy moralmente distinto del resto de mis compatriotas en esto del ser ingenuo. Y de primera mano llego a un extremado extremo. Sobre todo desde que he dejado de ser literato y me he venido a vivir conmigo mismo en casta unicidad, luego de haberme recortado el orgullo para que se ciña a mi alma y no me trabase el andar con sus sobrecrecimientos¹⁷ (Ortega y Gasset 1987: 165).

Cito estas autocaracterizaciones porque van a cobrar importancia en la dinámica que determina tanto la amistad como la relación intelectual entre el Ortega filósofo y el Pérez de Ayala literato.

Entre los españoles que se encuentran en Alemania cuando se traslada allí Ortega hay un amigo de Miguel de Unamuno: Pedro de Múgica, nacido en Bilbao, y profesor de gramática castellana en la Universidad de Berlín. En una carta fechada el 11 de octubre de 1905, el Rector de Salamanca le escribe para hacerle saber que se le va a presentar Ortega. La misiva tiene interés por su relación con el tema que nos ocupa. Unamuno le pide que ayude y guíe a Ortega, «un joven extraordinariamente simpático, muy culto y muy inteligente» [...] «uno de nuestros jóvenes intelectuales de más valor». Luego le advierte: «no le meta, por Dios en filologías. Lo que quiere es aprender alemán y luego filosofía y estética» (Unamuno 1965: 346). Es posible que Unamuno estimara que el camino de la filología —vista esta por el Rector de Salamanca como erudición estéril— representara un camino equivocado. Además, llama la atención lo que dice sobre el propósito de Ortega de estudiar estética, proyecto seguido asimismo por Pérez de Ayala cuando a su vez obtiene una beca para estudiar en Italia y en Alemania en 1911. En 1906 José Ortega y Gasset regresa a Madrid y gana las oposiciones a una pensión que le permitiría volver a Alemania en 1907, esta vez a Marburgo, donde estudia con Hermann Cohen y Paul Natorp, ambos neokantianos. En 1908 se le nombra profesor de Lógica, Psicología y Ética en la Escuela Superior de Magisterio.

¹⁷ Esta carta inconclusa que se encuentra entre los papeles de Ortega no fue enviada a Unamuno.

En 1907 la vida de Ayala tomará un rumbo que sería tan decisivo para él como lo fue el viaje a Alemania para su amigo. Los múltiples motivos que determinaron esta dirección en la trayectoria vital de Ayala han sido investigados por Agustín Coletes Blanco (1984: 42) quien atribuye un papel de gran importancia al inglés Roberto Bontine Cunningham Graham. El haber conocido a este en Madrid fue «el hecho catalizador» para el joven asturiano¹⁸. Llega a la capital británica en abril de 1907 y empieza a escribir artículos para *El Imparcial*, pero en noviembre de ese año dejan de aparecer sus colaboraciones en ese periódico. Regresa a Oviedo a fines de 1907 para pasar las navidades, y en enero está de vuelta en Londres, ahora como corresponsal del *ABC* (Coletes Blanco 1985: 18). Su estancia en la capital británica será acortada abruptamente al recibir la noticia del suicidio de su padre, ocurrido el 11 de febrero de 1908 (Friera Suárez 1986: 31). Se pueden conocer con detalle las circunstancias del doloroso suceso leyendo el epistolario de Ayala a su amigo Miguel Rodríguez Acosta (Pérez de Ayala 1980: 78-103). Al ver derrumbarse su negocio, un almacén de géneros, Cirilo Pérez de Ayala se quita la vida. En vista de la situación económica familiar, su hijo Ramón decide ponerse al frente del negocio paterno con la intención de reestablecerlo. Por varias razones, será una etapa difícil para el joven escritor. Primero, por no estar acostumbrado a las actividades comerciales, pero, lo que es aún más importante, por sentirse frustrado en lo que se refiere a sus ambiciones literarias. Este es el fondo que nos sirve de marco para la primera de las cartas de Ayala que se conservan en el epistolario. Del contenido de la carta se desprende que aquel, lector incansable, estaría siguiendo —desde Oviedo— los pasos del joven filósofo a través de la revista *Faro* y del periódico *El Imparcial*.

12 de julio 1908

Oviedo

Al querido Don José Ortega y Gasset

Mi querido amigo:

Cuánto tiempo que no conozco de Ud. sino es por artículos que ha publicado y yo leído con gran delectación, y pienso que aprovechamiento.

Hace cosa de un mes, un joven cuyo nombre no puedo decirle puntualmente si bien creo recordar que denotaba algún fenómeno atmosférico, —me inclino al Granizo¹⁹— vino a visitarme en nombre de Ud. y en el de Eduardo. Se lo agradezco tanto... Vivo dentro de mí, demasiado adentro, hundiéndome cada día más en mis tristezas; y en lo que voy ya considerando estoicamente como una definitiva frustración de mis ideales mundanos. Tendría tanto que contar, si no me lo vedase el pudor psicológico. El último verano fui desde Londres a la isla de Jersey con determinación de tomar unos baños de mar y vivir en Hugo una temporada. El primer día de mi estancia fue asoleado y magnífico. Me encaminé al bathin-place [*sic*]; alquilé una especie de taparrabos, hol-

¹⁸ También recoge Agustín Coletes Blanco datos sobre los consejos de Santiago Pérez Triana y de Azorín, quienes respectivamente animan al escritor a trasladarse a Londres. Por su parte, María Dolores Albiac (1977: 214) afirma que «su marcha a Inglaterra [fue] por consejo de Ortega», sin embargo, no ofrece ningún dato que nos permita comprobar este aserto.

¹⁹ El director de la revista *Faro* se llamaba Bernardo Rengifo y Tercero. ¿Será este el apellido que no recuerda bien Pérez de Ayala?

gado en demasía, se me escurría caderas abajo. Sin poder remediarlo, me di cuenta de mi lamentable anatomía de hombre sedentario, soñador y ambicioso. Escudriñé la playa bañada en sol, a través de una rendija. Había muchos curiosos y curiosas. Hombres espléndidos, casi desnudos, que exhibían su belleza plástica con prestancia bestial. ¿Cómo iba yo a mezclar mi esquelética miseria entre aquellos seres de biceps formidables y cerebro manso? Hondamente triste, avergonzado, comencé a vestirme. Entonces comprendí el pudor físico. El moral es mucho más intenso.

No hago nada. Voy convenciéndome de la vacuidad e inanidad de este torrente de apariencias que nos rodea, y sólo aspiro a la parcial contemplación de las «integras, sencillas, inmóviles y bienaventuradas ideas, desligándome cuanto pueda de este cuerpo al que estamos ligados como una ostra»²⁰.

Hoy me escribe un Sr. Eguilaz²¹ que quizás con el tiempo llegue a ser mi pariente. Me habla del Sr. Gasset, y yo conjeturo que se refiere a Ud. Me dice que Ud. le ha encargado me pidiera para *Faro* un artículo acerca del industrialismo inglés. ¡Ahí es nada! ¿Es cierto? Hace días que no veo artículos de Ud. en *Faro* y he creído que Ud. se apartase de la publicación. Yo no tendría inconveniente en escribir para esa revista; pero quiero saber de cierto si desean lo mío. Imagino que una obligación de esta índole me haría bien. ¿Le parece que haga de vez en cuando estudios sobre obras inglesas que lo merezcan? Ahora tengo entre manos el último libro de Wells, y otras bastante interesantes.

Le abraza su leal amigo
Pérez de Ayala

Desde Madrid le contesta Ortega en una carta fechada el 15 de julio de 1908.

Querido Ramón:

No sabe cuanta alegría me ha dado su carta: grandes amarguras y sinsabores han pasado por Ud.—según mis noticias—en los últimos tiempos. Y cien veces tuve la pluma en la mano y la dejé...por no ofender su pudor interno, casualmente. Para escribir una carta de mi piel a su piel más valía no escribirla. No crea, sin embargo, que hoy voy a a quebrar su solitaria intimidad con intromisiones que no por ser cariñosas, eso sí, ardientemente afectuosas, dejarían de ser indelicadas, *froissantes*.

No creo como Ud., que nos rodeen apariencias, ni doy a esas palabras del *Fedro* el sentido nazareno, ascético y huidor del mundo que parece Ud. darles²². No olvidemos que el *otro mundo*, el sobreceste, era para los griegos otro *este mundo* y que la ironía—míticamente formulada—de Platón está precisamente en que las ideas =métodos científicos=convierten las apariencias en realidades. Lamento el pesimismo

²⁰ La cita textual es de la obra de Platón, *Fedro* (249c).

²¹ En una carta escrita (el 16 de octubre de 1908) por Enrique de Mesa a Pérez de Ayala, se encuentra la siguiente referencia «Eguilaz fue tan amable que me escribió para asuntos relacionados con *Faro*» (Amorós 1982: 54). El 22 de noviembre de 1908 Pérez de Ayala publica en *Faro* un artículo intitulado «Mr. Williams, cronista» (1963c: 254-6).

²² En un escrito de 1912, «Los versos de Antonio Machado», Ortega (1941: 148) alaba la aparición de lo que él estima una «novísima poesía» —lírica e íntima, no solo descriptiva— observando de paso que Unamuno sería el más fuerte representante de ella «si no despreciara los sentidos tanto». Más adelante afirma lo siguiente: «Platón, de quien gentes distraídas aseguran que fue un fugitivo del mundo sensible, no cesa de repetir que la educación hacia lo humano ha de iniciarse forzosamente en esta lenta disciplina de los sentidos, o, como él dice: “ta erotica”. El poeta tendrá siempre sobre el filósofo esta dimensión de la sensualidad».

de Ud. enormemente, máxime creyendo que todo pesimismo es proyección y objetivación de un espíritu que tiene algo roto en el mecanismo, algo enfermo..., perdóneme, Ramón, algo impuro, pero no es esto lo que quiero decirle sino más bien que aun en el caso de que todo sea fugitiva e ingrata apariencia, considere mi amistad como un remanso otoñal de realidades. En estos años hemos tratado mucho uno y otro; supongo que está Ud. bastante mudado y la amargura de su carta me revela un hombre a quien es menester echar tapas y medias suelas. No pretendo ser el remendón que Ud. necesita: sólo quiero hacerle constar que sigo queriéndole, que sigo teniendo esperanzas puestas en Ud. y que eso de su frustración me parece ridículo.

No conozco bien al Sr. Granizo: creo que una vez le ha hablado diez o doce palabras. No conozco en absoluto al señor Eguilaz: ese Gasset de quien le ha hablado es Ramón Gasset, tío mío, copropietario de *Faro*. Con esta revista no tengo ya, apenas, relaciones pero creo que debe Ud. escribir en ella.

El libro de Wells, si es *una Utopía moderna*—me parece bastante flojo: no obstante será interesante hablar de él.

Nada más, querido Ramón, sin que lea el *Filebo* y sobre todas las últimas líneas (6 y 8).

Si pudiéramos con cualquier pretexto vernos hablaríamos de mil cosas físicas y de otras tantas más allá de la física.

No alabe mi literatura: soy el segundo en hallarla absurda, suponiendo que será Ud. el primero.

Un abrazo de su cordial amigo.

Pepe Ortega

Vale la pena observar, de paso, que el leve reproche hecho por Ortega («todo pesimismo es proyección y objetivación de un espíritu que tiene algo roto, algo enfermo») puede relacionarse con la opinión expresada por el madrileño con respecto a los decadentes escritores modernistas, entre los cuales, por supuesto, se contaba Ayala. Además lo que aquí observa Ortega sobre el pesimismo de su amigo anticipa lo que más adelante va a poner de relieve en su reseña de *A.M.D.G.*

En la segunda carta que se conserva de Pérez de Ayala a su amigo madrileño, fechada el 4 de septiembre de 1908, este acusa recibo de otra que no figura entre las que pudimos consultar en la Fundación Ortega y Gasset. Dado el contenido de la que a continuación reproducimos, se puede conjeturar que Ortega había inquirido el motivo de su cese en la corresponsalía de *El Imparcial*.

4 de septiembre 1908

Oviedo

Querido Pepe;

He recibido su concisa carta. Realmente me embaraza algo su pregunta. Pudiera contestarle por lo prolijo o bien concisamente.

Lo cierto es que siempre que tomaba la pluma para *El Imparcial* tenía yo en el propósito grandes empresas; una labor asidua y de cierto provecho nacional, lo cual hubo de malograrse porque el Señor director deseaba croniquillas de puro solaz y li-

viano esparcimiento. Luis Bello²³ (inútil me parece recomendarle todo género de discreción) me había escrito que su señor padre no quería que se publicase cosa alguna mía—yo le escribí varias cartas a las cuales no me contestó, bien que no era de extrañar dadas sus muchas ocupaciones—; de otra parte llegué a imaginar que en atención a sus requerimientos, y no a otra cosa, se me mantenía en *El Imparcial* por ruegos de Moya²⁴. En resolución, que como por entonces se me ofreciera la corresponsalía del ABC no tuve reparo en aceptarla; luego tuve ocasión de arrepentirme²⁵. Se me olvidaba anotar lo que fue la causa eficiente de mi partida; mi padre venía escribiéndome frecuentes cartas en que me llamaba a su lado por una temporada; al recibo de una de ellas en la cual yo adiviné que no se hallaba bien de salud me puse en camino para España. Desde aquí escribí a Moya y no habiendo recibido respuesta dime por acertado en mis sospechas; entonces fue cuando me comprometí con el ABC.

Esto es todo lo que tengo que decirle; si no escribiera con máquina sería un poco más expresivo. Le manuscibiré con más calma.

Le quiere de veras su amigo.

Ramón

La respuesta de Ortega a esta carta no lleva fecha pero en vista de su contenido, seguramente es de 1908.

Querido Ramón:

Lo de Luis Bello fue una mala inteligencia de éste; sobre el asunto hablé con él hace más de un año. Mi padre fue precisamente quien le propuso a Ud. en la Editorial como hace pocos días me hacía constar Moya. Todo ello y cuanto después ha ocurrido es una serie de meprises por ambas partes. Lo de que Ud. hubiera escrito varias cartas desde Oviedo a raíz de un viaje rápido lo ignoraba; sólo de una sabía.

Para el futuro espero, pues, que todo ello se arregle. Lo malo es el presente. El presente es López Ballesteros²⁶ que como Ud. sabía ya es un loco imbécil: el otro día me escribe casi insultándome por haber tenido la avilantez de enviarle su artículo. No se puede hablar con él, y crea que por muy poca gente soy capaz de hacer lo que por Ud. he intentado: pedir un favor al orangután de Ballesteros. Los propios artículos míos supongo que los traga a fuerza de fuerza.

Lo de la Editorial es muy distinto y merece la pena de arreglarse. Por hoy nada más. Ando ocupadísimo redactando dos memorias de filosofía para la asamblea de Zaragoza «Teoría de las ideas en Platón», un capítulo de historia sistemática de la filoso-

²³ Luis Bello (1872-1935) fue director de la hoja literaria los *Lunes* de *El Imparcial*. Luego fue cronista y redactor de *El Sol*.

²⁴ Miguel Moya (1856-1920) fundó *El Liberal* de Madrid. Más tarde fue presidente del trust la Sociedad Editorial Española a la que pertenecían *El Liberal*, *El Imparcial*, y *El Heraldo de Madrid*.

²⁵ En una carta a Miguel Rodríguez Acosta, fechada el 8 de abril de 1908, Ayala alude a la corresponsalía del ABC. Parece que se la retiraron a principios de marzo, poco después del fallecimiento de su padre. «Por aquellos días, precisamente, Luca de Tena, mejor dicho, un secretario en nombre de él, me escribió diciéndome que no podía seguir su corresponsalía en Londres. Una completa canallada de la cual te referiré más adelante los detalles, y que ahora no me importa un ardite; pero entonces, precisamente cuando creía que no tendría otro medio de vida que la pluma, me hizo el efecto de una puñalada» (1980: 87).

²⁶ Luis López Ballesteros (1869-1933) periodista, literato y político español. Fue redactor de varios periódicos madrileños. *La Correspondencia de España*, *El Heraldo de Madrid*, *El Diario Universal*, y luego director de *El Imparcial*.

ña, y «Problemas de la metodología histórica» con una cosilla sobre el practicismo de Fichte, acaso de un tomo a la imprenta²⁷, del cual no olvidaré de enviarle un ejemplar, más memorioso que cierto D. Plotino Cuevas²⁸, cuyo libro no he leído por enojo de que su editor no me lo ha enviado.

Un abrazo de su buen amigo
Pepe

Vemos que —como lo ha de hacer repetidamente— Ortega le tiende un cabo: el de arreglar el asunto para que Ayala pueda seguir colaborando, si no en *El Imparcial*, en los otros dos periódicos del trust; es decir, La Sociedad Editorial de España en el que se agrupaban además de *El Imparcial*, *El Heraldo* de Madrid y *El Liberal*.

El reproche cariñoso con el cual termina esta carta merece comentario. De hecho, en la biblioteca personal de Ortega y Gasset, cuyo fichero pude consultar en la Fundación, no figura el libro aludido, *Tinieblas en las cumbres*. Su ausencia es digna de notar, puesto que todas las primeras ediciones de las demás obras de Ayala —con una excepción²⁹— se encuentran allí, y cada una lleva dedicatoria autógrafa del autor. Es sabido que en la actitud del joven asturiano frente su primera novela larga se delataba la inseguridad y no poca ambivalencia. Pero su reserva para con un joven de su propia generación —ese literato «incipiente» que era Ortega entonces— resulta algo sorprendente. Quizá temía que este le tuviera mala opinión por haber escrito una novela de tema lupanario. Según el testimonio de Corpus Barga (1956: 173-4) Ortega era «refractario» a las corrientes de su época, entre otros motivos porque no se atenía en su conducta al prototipo sexual de la juventud española de principios de siglo, el de «el señorito chulapo» que frecuentaba «las casas de sexualidad clandestina». De todos modos, la carta que le pergeña Ayala contiene comentarios de sumo interés literario y de gran valor biográfico:

7 de septiembre 1908

Querido Pepe:

Sabía de tiempo atrás que el Señor López Ballesteros es irremediable loco-imbécil y nauseabundo orangután, como así mismo sospechaba, sin necesidad de que Ud. me lo dijera, que sus artículos (los de Ud.) los traga a la fuerza. Nunca me fueron simpáticas sus agresivas cejas.

No se enoje Ud. con Plotino Cuevas *q.e.p.d.* Yo le conozco bastante; era un infeliz. Por si a Ud. le interesa echar una ojeada en los redaños espirituales de este infortunado amigo, le referiré algunas particularidades de su carácter. Tenía, en primer término, un raro don que le hacía darse cuenta del lugar por él ocupado en la jerarquía intelectual; de manera que sus inferiores le motejaban de orgulloso en demasía, acaso con

²⁷ En octubre de 1908, Ortega presenta en el Congreso Científico de Zaragoza un trabajo intitulado «Descartes y el método trascendental».

²⁸ En su edición crítica de *Tinieblas en las cumbres* Andrés Amorós (1971: 23) nos informa que la novela está fechada en Oviedo, diciembre de 1905, y aparece en Madrid en el año 1907 con este subtítulo: (*Historia de libertinaje*). *Novela póstuma de Plotino Cuevas. Pública precedida de un Prefacio el R.P.X.S.J.*

²⁹ Tampoco figura en la biblioteca personal de José Ortega y Gasset un ejemplar de la última novela larga de Pérez de Ayala, *Tigre Juan y El curandero de su honra* (1926).

razón pues en ocasiones rehusaba con gesto despectivo cierto linaje de elogio inconsciente que está muy en uso prodigiarse.

Contrariamente, podía vérselo en presencia de un superior, todo aturulado, lleno de timidez y de pueril desasosiego. Yo sé de muy buena tinta que es esto lo que le acontecía con Ud. Lo más probable es que juzgara fútil y liviano el libreo y no se atreviera a enviárselo a Ud. temeroso, muy razonablemente, de que Ud. desdenara la dádiva. Ahora caigo en la cuenta de que el desdichado Plotino falleció, a lo que se cree, antes de que apareciera su obra. De suerte que lógicamente pensando la culpa es del editor. Me parece recordar—casualmente intervine en unos dimes y diretes con dicho señor cuando estaba imprimiéndose el libro—este palmípedo se negó a dar ejemplares, como no fuera un número reducidísimo de ellos, y eso para los periódicos. Añado que el libro fue escrito sin ánimo de que viera la luz. Su autor me lo dijo muchas veces. Comenzó a trazarlo por distraerse de ciertas cavilaciones que ya desde muy niño le traían a mal traer. Leía a Rabelais y gustaba de la escatología un poco chabacana. ¡Rara paradoja! También se complacía, como el jocosos Juan Ruíz, en donear con alegres troteras y danzaderas, buscando vado a los cuidados del espíritu. Un día se encontró con la empresa llegada a un fin; con un editor que le pedía una novela, y sin fuerza de voluntad para inhibirse, la envió. Y ahora me percató de que no fue Plotino quien la editó, sino su confesor. Perdone tantos errores; la cosa está algo lejos y me trascuerdo con facilidad. Con todo, compraré un ejemplar de la obra y se lo enviaré suplicándole en nombre del difunto que tenga para él toda suerte de lenidad.

Excuso decirle que aguardo su libro con verdadera ansiedad.

Un abrazo de su leal amigo

Ramón

En esta carta, tan característicamente irónica, Pérez de Ayala hace una confesión candorosa que nos permite ver cómo se sentía frente a Ortega, aunque dicha confesión se hace escondiéndose pudorosa y parcialmente tras el disfraz del seudónimo. De evidente interés es la alusión a un verso de *El libro de buen amor* del Arcipreste de Hita, pues en ella se prefigura ya el título que daría en 1913 a la cuarta novela de su tetralogía, *Troteras y danzaderas*. Quizás el detalle más interesante en lo que se refiere a su relación con Ortega es que Ayala revela su percepción del lugar ocupado por uno y otro en «la jerarquía intelectual». ¿No se detecta aquí, junto al pudor, cierta inseguridad en cuanto a su propia obra creativa? Por otra parte, puesto que ambos comenzaban a ejercer la crítica en su sentido más amplio, es decir, una reflexión que abarcaba varios aspectos de la realidad nacional, no ha de extrañarnos que al mismo tiempo hubiera entre ellos cierta rivalidad. Esto no obstante, el respeto que sentía el escritor asturiano por el filósofo y el deseo de ser estimado por él irán siempre en aumento, según se testimonia en las cartas que le dirige. Asimismo la bondad y la generosidad del «joven meditador» para con su amigo serán infalibles y constantes.

Prueba de ello es el papel desempeñado por Ortega en el episodio del que ahora damos cuenta. En diciembre de 1908, Ayala, que llevaba meses en Oviedo, dedicándose a sacar adelante el negocio familiar, intenta obtener la cátedra de Literatura Española en Liverpool. Para llevar a cabo esta solicitud, le serán necesarias cartas de

recomendación. A los datos ya conocidos sobre esta pretensión frustrada³⁰, podemos ahora agregar uno más. Fue Ortega y Gasset quien, sirviendo de intermediario, le consiguió el apoyo del académico Jacinto Octavio Picón. En una carta sin fecha, pero sin duda escrita a finales de 1908, aquel informa a su amigo que ha puesto en marcha algunas gestiones destinadas a ayudarle.

Querido Ayala:

Recibí su carta hallándome enfermo en la cama: por eso no la contesté antes.

Me apena mucho la mala fortuna que ahora le llega: sobre todo por el resto de su familia. En cuanto a Ud. sé muy bien que saldrá adelante en la vida de cualquier manera que escoja.

Tengo que ser muy breve y voy a lo más necesario. Ahí va el certificado de Picón. El hombre se escocía aún de cierto arañazo; pero perdonó³¹. Convendría que le diera las gracias. Echegaray lo enviará hoy o mañana y con él va el de mi padre.

Envié a Agramonte para impetrar lo mismo de Galdós. Me contestó enviándome la última carta de Ud. dejando a la elección de mi padre y mía la elección. De modo que tendrá Ud. también Galdós.

De cosas del periódico cuente desde luego con una colaboración en algún periódico, en *El Liberal* creo haber entendido a mi padre.

Comuníqueme nuevas instrucciones.

Siento tener que cortar.

Un abrazo y ¡energía!

Pepe Ortega

Como es sabido, Ayala no consigue la cátedra de Liverpool; la ocupa James Fitzmaurice Kelly, a quien había conocido el asturiano durante su estancia en Londres en 1907 (Coletes Blanco 1984: 58). Como consecuencia de esta frustración, se ve forzado Pérez de Ayala a ganarse la vida con la pluma. Dos investigadores, Elías García Domínguez (1968: 434) y Agustín Coletes Blanco (1984: 58) coinciden en situar en la primavera de 1909 el momento en que Ayala toma la decisión definitiva de ser escritor profesional. El segundo afirma (1984: 150) «Sólo entonces, y no antes, se decide a instalarse en el “pueblo odioso”—Madrid—, solicitar colaboraciones fijas en la prensa y escribir más novelas.»

A Galdós, autor de *Electra*, dedica Ayala su novela *A.M.D.G.*, publicada a fines del mismo año, 1910³². En las páginas de *El Imparcial*, en diciembre, aparece el artículo, desde entonces muy citado, que dedica Ortega a esta obra. Observemos, de paso que no volverá el filósofo a comentar públicamente la obra literaria de su amigo

³⁰ José García Mercadal los comenta en el prólogo al tomo *Ante Azorín* (1964: 25-31).

³¹ Bajo el seudónimo *Clavijero*, Pérez de Ayala había publicado en *Alma española* (6 de marzo de 1904), un artículo en el que criticaba duramente a Picón por su falta de rigor y por sus conocimientos deficientes de la poesía simbolista francesa. Describo este episodio en mi artículo «Pseudónimos tempranos de Pérez de Ayala» (Prado 1980).

³² Frieria Suárez (1997: 89) señala la oportunidad de la redacción y la edición de *A.M.D.G.* y su coincidencia con las fechas de la legislación «anticlerical» de Canalejas.

asturiano³³. Por lo demás, las observaciones que hace en esta ocasión no tienen que ver con la calidad estética de la novela, sino con su valor en cuanto documento social. En la reseña, Ortega se refiere a los lazos que los unen:

El autor ha sido discípulo de estos benditos padres: yo también. El autor es de mis amigos más próximos, y nos une, sobre el afecto análoga sensibilidad para los problemas españoles. ¿No son éstas razones suficientes para que me permita anunciar al público la aparición de este volumen? Por si algo falta, he de apuntar otra feliz coincidencia: Ayala fue *emperador* en las clases del colegio de Gijón: yo también fui *emperador* en el colegio que los jesuitas mantienen en Miraflores del Palo, junto a Málaga. (Ortega y Gasset 1963: 532).

Ya tuvimos ocasión de señalar que se percibe en este apunte la muy intencionada equiparación de la capacidad cerebral de uno y de otro, un factor que juega un papel importante en su relación de compañerismo y, a la vez, de rivalidad intelectual. En la reseña citada, Ortega hace algunas apreciaciones —no muy específicas, por cierto— sobre el estilo del novelista. A ellas nos referiremos más adelante.

Tras un noviazgo de seis años, en 1910 se casa José Ortega y Gasset con Rosa Spottorno y Topete. En octubre de ese año, oposita a la cátedra de Metafísica de la Universidad Central, recibiendo el nombramiento en noviembre. A principios de 1911, pensionado por la Junta para Ampliación de Estudios, Ortega se encuentra en Marburgo, donde pasará casi un año entero, hasta diciembre, cuando vuelve a Madrid. Unos meses antes de su regreso a Madrid a finales de 1911, Ortega recibe la siguiente tarjeta postal de su amigo Pérez de Ayala, quien a su vez está disfrutando de una pensión concedida por la Junta. La tarjeta, cuyo texto reproducimos a continuación, fue enviada a Marburgo.

Señas
Hotel Germania
Lugano
13 de septiembre de 1911
Querido Pepe:

He venido a Lugano huyendo del calor y del cólera de Italia. Quisiera saber si Ud. piensa continuar en Marburgo, a donde pienso ir muy pronto. Pero si Ud. se marchara cambiarían mis planes. Agustín Heredia³⁴ está conmigo: escribimos sendas nove-

³³ En un artículo de 1911, se refiere Ortega (1963: 165) muy de pasada a Pérez de Ayala: «Hace poco, *con la malignidad que le es nativa*, nos mostraba Ramón Pérez de Ayala un ejemplar de la *Estética* de Hegel, en cuyos márgenes había dejado Canovas unos cuantos gestos indecentes» (la cursiva es nuestra).

³⁴ En un ensayo recogido en *Hermann encadenado*, Pérez de Ayala (1924: 258) se refiere a su amigo Agustín Heredia: «[...] llegué a Venecia por primera vez a prima noche, a la hora de la comida vespertina. Viajaba yo en la adorable compañía de algunas damas, una de ellas dilecta de mi corazón, y otro amigo, hidalgo español, que actualmente está peleando como voluntario en el ejército francés, don Agustín Heredia carísimo camarada, más bien, hermano. Era en la primavera de 1912». Otros datos nos los proporciona Florencio Frieria Suárez (1997: 97): «A. Heredia se alistó como voluntario aliadófilo en la Gran guerra enviando desde el frente de combate artículos al semanario *España*. Fue una de las víctimas españolas de la primera guerra mundial».

las. Me encarga que le saludé. Mi respetuoso afecto a Rosa. Un abrazo para Ud. y aunque tardía, mi enhorabuena por haber fructificado su connubio³⁵.

Ramón

En vista de las alusiones despectivas que posteriormente va a hacer Ayala a Marburgo, el texto de esta tarjeta nos ofrece un dato que llama la atención. Según se desprende de su lectura, de haber permanecido Ortega en Marburgo, Pérez de Ayala se hubiera dirigido allí. Quizá sea este el motivo por el cual decide ir directamente a Munich, donde asistirá a los cursos de Wolflinn y de Lipps. El contenido de la tarjeta plantea otra duda. Ayala se refiere a una novela que acaba de escribir, pero no ofrece datos específicos.

Vamos a reproducir a continuación tres cartas escritas por Ayala a Ortega, todas ellas redactadas durante el verano de 1912.

München

21-VI-1912

Querido Pepe:

No me han llegado las cajas en donde tengo mis libros y papeles entre los cuales están los *Imparciales* que Ud. me envió a Florencia y su carta. Aguardaba recibirlo para contestarle lógicamente, pero como los días pasan y una de las cosas que tengo que decirle me urge, le anticipo esta breve carta a la otra que ha de ser contestación a la de Ud.

¿Ha recibido Ud. mi libro? ¿Lo ha leído? ¿Qué le parece? «La pata de la raposa» es como una lámpara apagada. Está dispuesta y en su punto todo limpio el tubo, cargado de combustible el recipiente, con sus adornitos de cobres forjados y vidrios tallados y coloreados; pero está apagada aún. Es preciso acercarle la lumbre para saber qué luz da. Esta lumbre es «Troteras y danzaderas» (la acción en Madrid) y «Las Mellizas»³⁶ (la acción en Florencia. Leonardo llama a la pintura y a la música, las dos mellizas)³⁷.

Y ahora le pregunto ¿cree Ud. que puede dar buena luz la lámpara? ¿Seré yo buen farolero?

En otras palabras: ¿cree Ud. que yo debo ser solamente y seriamente novelista? ¿Cree Ud. que yo puedo hacer novelas distintas, y en este sentido mejores, que las que hasta ahora se han hecho?

Aguardo con impaciencia su respuesta...

³⁵ Se refiere al nacimiento, en Marburgo, en el mes de mayo, del hijo primogénito de Ortega, Miguel Germán Ortega Spottorno.

³⁶ En una libreta manuscrita, cuya fecha se desconoce, Ayala apunta los títulos de numerosas obras narrativas proyectadas. Entre ellas se encuentra la aludida: *Las dos mellizas*. Andrés Amorós (1972: 393) reproduce la lista en su libro *La novela intelectual de Ramón Pérez de Ayala*.

³⁷ Lo que aquí declara el autor sobre la estructura y el significado de su obra avala la opinión de María del Carmen Bobes Naves. En su excelente estudio («Renovación del relato en las primeras novelas de Ramón Pérez de Ayala»), señala la unidad de sentido de la tetralogía, afirmando que las novelas forman un conjunto cuyo sentido literario no tiene que ser remitido a principios estéticos realistas. Vid. el tomo *Pérez de Ayala visto en su centenario (1880-1980)*. *Once estudios críticos sobre el escritor y su obra*. 71-99.

Yo siempre he tenido vocación de novelista. Hace años concebí un vasto plan de novelas y un concepto del género novela, y desde entonces de continuo estoy madurando y nutriendo y afirmando uno y otro. Creo que voy por buen camino.

Claro que yo no le pregunto si *La pata* está bien o mal, sino si ve en ella cualidades tipos del novelista, y estas cualidades son tan determinadas que justifiquen que yo siga escribiendo, y cuáles sean.

Mi pensión termina el 12 de agosto. Ud. sabe que ni tengo casa ni cosa que se le parezca, en Madrid³⁸. Supongo que llegaré con el dinero justo, y en agosto. Esto, la verdad, me horripila.

De otra parte; para entonces no sabré alemán, lo cual es vergonzoso, porque siento su necesidad.

Yo quisiera pedir una pequeña prórroga de la pensión, pero ni sé en qué forma hay que hacerlo y de otra parte se me antoja que los señores de la Junta se figuran que yo he perdido el tiempo. Pues no lo he perdido, ni muchísimo menos. Y ahora se me ocurre: ¿si a Pepe se le figura lo mismo que Castillejo³⁹? Sea, soy muy dócil en escuchar juicios ajenos y Ud. muy terco en formularlos. De suerte que si Ud. opina como Castillejo no me parece mal que me lo diga. Si no opinase de ese modo, entonces tiene Ud. que hacerme un favor. Le incluyo un papel con mi firma en blanco; delante de mi firma ¿quiere Ud. ordenar a un escribiente que haga una solicitud, como a uso? Verdaderamente, y no sé lo que es eso. Y luego—porque no termina aquí—enviarla a la Junta; y más luego—¡Perdón, querido Pepe!—hablar con Castillejo, o quien ande en el manejo. No tengo que añadir que si Ud. ve en todo esto alguna molestia o no le conviene a Ud. hacerlo, o cree que no me conviene quedar en Alemania, se abstenga de dar un paso. Pero escríbame, aun cuando yo no le haya escrito. Ud. me conoce sobradamente y sabe cuán de veras le quiero y cuán alto le considero.

Ramón

He dedicado sendos ejemplares de mi última novela a Fernando de los Ríos⁴⁰, Zulueta⁴¹, Américo Castro⁴², y creo—no estoy muy seguro—que a Castillejo y Palacios⁴³. ¿Sabe Ud. si lo han recibido?

³⁸ Cuando vuelve el novelista a Madrid en 1912, vive con Sebastián Miranda, que tenía un estudio en la Calle del Pez, n.º 20. (Solís 1979: 61).

³⁹ José Castillejo y Duarte fue Secretario de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas.

⁴⁰ Fernando de los Ríos (1879-1949) catedrático, escritor y político español. Durante el periodo de la dictadura primoverista, renunció a su cátedra de Granada, y pasó a los Estados Unidos, donde dictó cursos en Columbia University, en Nueva York. En 1930 ganó oposiciones a la cátedra de Estudios Superiores de Ciencia Política de la Universidad Central de Madrid.

⁴¹ Luis Zulueta y Escolano (1878-1964) escritor y político español. Perteneció al partido reformista hasta poco antes del advenimiento de la Segunda República. Fue elegido diputado a las Cortes Constituyentes; se le confirió la cartera de Estado en 1931, que conservó hasta 1933. Luego pasó a ser embajador en Berlín.

⁴² Américo Castro (1885-1973) filólogo, historiador y catedrático español.

⁴³ Debe de tratarse del coteráneo y amigo de Ayala, Leopoldo Palacios Morini (1878-?), pensionado por la Junta en Alemania durante 1908. Empleado en el Instituto de Reformas Sociales y Ministerio de Trabajo, estuvo muy vinculado a la Institución Libre de Enseñanza. Estos datos se encuentran en el valioso libro de Florencio Frieria Suárez *Pérez de Ayala y la Historia de Asturias* (1986: 253). Pérez de Ayala menciona a Leopoldo Palacios en un ensayo suyo, «La Universidad de Oviedo» (1963a: 1132).

Azorín me escribió que no había recibido la novela y al fin con mucho retraso se la enviaron. No vaya a ocurrir lo mismo con Ud. Uno de los veinte primeros ejemplares que dediqué era el de Ud. desde luego.

Mis señas
6 Maximilianstr. III L
München

(Tarjeta postal)

26 julio 1912

Querido Pepe. Habla Ud. de requerimientos amorosos. La verdad: no me he dado cuenta. En todo caso, si alguno ha habido, es porque Ud. aspira a la poligamia, al harén intelectual. Pero yo he nacido para monógamo aun cuando lo más probable es que me quede en célibe. Requerimientos.... Al único que he pedido opinión sobre mi libro es a Ud.; el único que no me la ha dado. Porque claro está que no es opinión aquello de llamar a mi estilo ánfora esencial; y lo de que «no gravita» maldito si sé cómo viene, en son de elogio (=que no es pesado, que es alado) o en son de reparo; y si lo último, no atino qué es lo que ha querido Ud. decir. Si Ud. fuera conmigo no digo más claro, sino más sincero, creo que podríamos ganar algo uno y otro. Pero Ud. es como el seductor que rinde doncellas con promesas de matrimonio. Cuando Ud. alude a que Ud. y yo pudiéramos ser *Geminis* yo pienso *Pisces*⁴⁴, como los personajes del género chico, porque no me fío de Ud. y pienso que anda Ud. a la requisa de demasiados *Geminis* para que puedan ser hijos de un mismo vientre, por lo menos yo declaro que soy incompatible con gentes requeridas también cariñosamente por Ud. Mi técnica y norma es llamar gato al gato y Zulanito, mamarracho. Lo demás es: el carro del estado navega sobre un volcán⁴⁵.

Le quiere muy de veras.

R.
München

11-VII-1912

Querido Pepe:

No sé cómo agradecerle el favor que me ha hecho interesándose por mí ante la Junta, ni cómo decirle lo enojado que me tiene con aquello de llamar a mi estilo «latinizante y titiritero», y sobre todo no leer mi libro en dos meses y medio que lo tiene en su poder. No puedo perdonárselo, y al propio tiempo me duele por usted, por su falta de simpatía.

Hace un mes o cosa así que estoy enfermo, sin comer, macilento, malhumorado, y a la postre hube de quedarme en cama varios días y llamar a un médico. No es nada, pero no me encuentro bien y ando a régimen en las comidas. Perdóneme, pues, que no le escriba más largo. Un abrazo muy leal

⁴⁴ Ayala emplea aquí un madrileñismo que atribuye al género chico. En efecto, el vocablo fue usado en una zarzuela de 1900, *El Barquillero*. *Pisces* significa «no es verdad, no hay tal cosa» (Pastor y Molina 1908: 66).

⁴⁵ En un escrito de 1917, «El Factor jurídico», recogido en *Política y toros*, Pérez de Ayala (1963b: 723) vuelve a citar esta misma frase, calificándola de «feliz y estupenda» y atribuyéndola a «un elocuente parlamentario». La cita procede de un personaje ficticio, Monsieur Joseph Prudhomme, creado por Henri Monnier (1799-1877) con el propósito de satirizar la burguesía («Le char de l'état navigue sur un volcan»).

P.

P. S.

Lo de la mayólica era un regalo de Agustín. No deje de inquirir en la estación, porque es absurdo pensar que se haya perdido.

¿Quiere Ud. enviar a la Casa Renacimiento una nota con las direcciones de F. de los Ríos y de Palacios Marín [*sic*], en mi nombre?

Desafortunadamente, no se conocen las cartas a las que Ayala alude en el texto de las que acabamos de reproducir; por lo menos no figuran en los archivos de la Fundación ni entre la correspondencia que conservó la familia del novelista. Pero se puede inferir, dado su contenido, que Ortega le ayudó a obtener la prórroga de la pensión⁴⁶. De nuevo se ve que este siempre le tiende la mano a su amigo, sirviendo de intermediario y usando su considerable influencia para favorecer sus asuntos.

En cuanto a la novela aludida, *La pata de la raposa*, sobre la cual Ortega emitió juicios que molestaron a su autor, puede examinar en la Fundación Ortega y Gasset el ejemplar dedicado al filósofo («Para Pepe, con un abrazo, Ramón»). Son visibles las huellas de la lectura hecha por el destinatario. En numerosos lugares, las líneas y los párrafos están señalados con líneas verticales en el margen, hechas con lápiz rojo. Algunos textos que parecen haber suscitado la reacción fuerte del lector llevan también al margen signos de interrogación y de exclamación. Existe solo una anotación escrita de la cual se puede sacar, sin duda alguna, su juicio valorativo: «Pretencioso y sin sentido»⁴⁷. Con respecto a la opinión de Ortega sobre el estilo de Ayala, recordemos que en 1910, al publicar aquel una reseña de *A. M. D. G.*, había elogiado al novelista —«Ayala escribe prodigiosamente: representa entre los nuevos escritores la tradición castiza del estro fecundo»— pero también había condicionado su elogio con este reproche: «tal vez los pequeños defectos de su estilo provengan de una vena demasiado exuberante que no ha logrado todavía ponerse cauce y continencia». (Ortega y Gasset 1963: 535) Es más que probable que en 1912 el filósofo siguiera poniendo reparos al estilo de Ayala, calificándolo de «latinizante y titiritero».

Como se pudo notar en la carta reproducida, Ayala se queja directamente con Ortega por lo que él estima una falta de claridad y de sinceridad en el juicio emitido, el cual parece haberle molestado lo suficientemente como para comunicárselo a Miguel de Unamuno. En una carta redactada ese mismo día (11-7-1912) le escribe al Rector de Salamanca.

⁴⁶ Florencio Frieria Suárez examinó el expediente de Ramón Pérez de Ayala en los archivos de la Junta para Ampliación de Estudios, donde consta que el novelista obtuvo una prórroga para continuar como pensionado tres meses más. El historiador agrega este dato interesante: «No se conserva para 1911-12 solicitud alguna de la pensión, ni referencias a la memoria más que un escueto “Ha publicado numerosos trabajos sobre Estética”. Otro pensionado por la J.A.E. don Pedro Caravia Hevia [...] me aseguró que *Troteras y danzaderas* fue la memoria que Ayala presentó al regresar de Alemania» (Frieria Suárez 1997: 96).

⁴⁷ Se encuentra en la p. 310 de la primera edición de la novela aludida.

No voy a Marburgo, naturalmente. ¿Pa qué? pregunto como el baturro a quien en un buque le preguntaban si no se mareaba. Pero Marburgo viene a mí. Araquistain⁴⁸ viene a Marburgo. Hace días llegó un señor Morente⁴⁹. Estos pobres muchachos me dan pena, pero a veces llego a envidiarlos. Me traen al alma memorias de mi niñez cuando salía del Colegio y en la primera comida familiar le preguntaba a mi padre si sabía lo que era una oración primera en activa. Ortega me ha escrito enviándome ponderosos elogios de mi novela, «sin embargo», dice al final, «no gravita». ¿Qué será eso? ¿Me quiere ayudar a presumirlo? (Amorós 1972: 468).

Al glosar la carta citada, Andrés Amorós (1973: 74-5) observa que contiene «una alusión despreciativa a Marburgo» y «una malintencionada referencia a Ortega», preguntándose si el «pequeño resquemor» del que se resentía Ayala no influiría sobre los rasgos que atribuye al personaje ficticio Antón Tejero —trasunto de Ortega— en *Troteras y danzaderas*, la obra que en aquel momento estaría redactando. A la presentación de dicho personaje vamos a dedicar en seguida atención especial; lo que ahora queremos dejar señalado, con respecto a las cartas y a la tarjeta que Pérez de Ayala le escribe a Ortega en el verano de 1912, es que ellas revelan la importancia concedida por aquel a la opinión de este. Por lo demás, llama la atención que en 1912 Ayala siga preguntándose si vale como novelista, puesto que ya para entonces había publicado numerosas narraciones breves y tres novelas largas⁵⁰. Además de la obra de ficción, contaba también con un tomo de poesía, *La paz del sendero* (1904). Sin embargo, reconoce y respeta la autoridad de Ortega, que, por su parte, en 1912 todavía no había dado a la imprenta ni un tomo.

Cuando Pérez de Ayala vuelve a Madrid en 1912, le escribe al Rector de Salamanca informándole que quiere poner la siguiente dedicatoria a su novela *Troteras y danzaderas*: «A don Miguel de Unamuno, poeta y filósofo español del siglo XXI». Y añade: «Y no porque yo crea que no es usted de nuestro tiempo, y como ninguno; sino porque se me figura que será usted más conocido, comentado y seguido para entonces que no ahora, o cuando menos su obra habrá dado plenamente sus frutos». El destinatario le contesta dando su anuencia: «Si Ud. cree que soy poeta y filósofo español del siglo XXI, ¿qué he de objetarle mayormente si también yo lo creo? Ud. me cree de nuestro tiempo y hay amigo de usted y mío que no me cree moderno». (García Blanco

⁴⁸ Luis Araquistain (1886-1959) político, escritor y periodista español. Dirigió las revistas *España* y *Leviatán*, órganos del movimiento republicano. Ayala le dedicó su novela poética *Luz de domingo* (1916) pero la dedicatoria se suprimió en las ediciones posteriores. Vid. la excelente edición reciente de Florencio Friería Suárez (2008) *Prometeo, Luz de domingo, La caída de los limones. Novelas poéticas de la vida española*. Oviedo: KRK Ediciones.

⁴⁹ Manuel García Morente (1888-1942) catedrático y publicista español. Fue pensionado por la Junta Para Ampliación; estudió en Berlín, Marburgo, y Munich, y se doctoró en filosofía en la Universidad de Madrid. Según Andrés Amorós, su trasunto en la novela *Troteras y danzaderas* es el personaje Enrique Muslera «un joven de la mesnada de Tejero».

⁵⁰ A juicio de Elías García Domínguez (1968: 434) «Fue el éxito de *A.M.D.G.* lo que decidió su futuro, pues desde entonces encontró ya muy pocas dificultades para colocar sus artículos en la mejor prensa madrileña».

1965: 249, 251). Es evidente que el «amigo de Ud. y mío» a quien alude Unamuno es José Ortega y Gasset.

La dedicatoria es un elemento extratextual, pero vale la pena detenerse en ella porque es un gesto simbólico con el cual Ayala pone de manifiesto su discrepancia con Ortega sobre el mérito de la obra literaria de Unamuno. De ella el joven reformador había opinado que «sus poesías y los comentarios sobre el Quijote, con ser bellas y muy dignas de lectura, serán probablemente olvidados por los españoles en 1950, en cuya memoria habrá en cambio de perdurar este otro Unamuno “campidoctor”» (Ortega y Gasset 1969: 82). Así había expresado Ortega su admiración por el espíritu cívico y por la política del Rector de Salamanca, restando importancia, por otra parte, a su «vagabundeo» «por los sistemas filosóficos y por los géneros literarios sin hallar en ninguno madurez». Comentar con detalle los motivos por la hostilidad entre los dos filósofos nos desviaría de nuestro camino, nos limitamos a apuntar que el Rector de Salamanca en lo que se refiere a la filosofía representaba una postura irracionalista, mientras que el joven filósofo abogaba en aquel momento por el objetivismo científico. Debe notarse también que en 1909 había tenido lugar una polémica entre ellos, llevada a cabo en la prensa madrileña. Unamuno opinaba que la regeneración de España se lograría exaltando sus valores castizos, mientras que Ortega abogaba por la europeización⁵¹. Con la dedicatoria de *Troteras y danzaderas* Ayala (a diferencia de Ortega, que se quejaba de no haber tenido maestros en la generación anterior) rinde homenaje a la gran figura de Unamuno y reconoce acertadamente el mérito de su obra literaria⁵². Por lo demás, es probable que en aquel momento Ayala, que aspiraba a tener éxito como novelista, se sintiera más cerca, estéticamente, a Unamuno y no se identificara todavía con el papel de «intelectual».

LA IMAGEN DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET EN *TROTERAS Y DANZADERAS*

Como novela, *Troteras y danzaderas* tiene su propia historia. El manuscrito original de la novela se encontró en 1996 (vid. Amorós 1996). La primera edición aparece en 1913; la segunda, en 1923 (en la que el autor introduce algunos cambios); sale otra en 1930⁵³, que con pocas variantes reproduce el texto de 1923, y finalmente

⁵¹ Vid. su artículo «Unamuno y Europa, fábula», publicado en *El Imparcial* (27-9-1909) y recogido en sus *Obras completas*, I, 128-33.

⁵² La dedicatoria fue suprimida en las ediciones posteriores de la novela.

⁵³ Para su edición crítica de *Troteras y danzaderas* (1972) Andrés Amorós utiliza como base la edición de 1930, y la coteja con la primera edición de 1913, anotando las variantes. Pero hubo una segunda edición en 1923 (Mundo Latino) que al parecer no consultó, aunque aparece en la lista de ediciones que presenta en su introducción. Después de haber cotejado los textos de las varias ediciones, puedo afirmar que casi todas las variantes que Andrés Amorós apunta ya aparecen en la versión de 1923, y ese al parecer fue el texto del que se sirvió el autor cuando volvió a editar la novela en 1930.

la edición de 1942 se publica en Buenos Aires cuando Ayala ya se encontraba en el exilio. Esta lleva un prólogo largo, en el que el autor explica no solo el propósito de la novela sino el sentido unitario de la tetralogía protagonizada por su alter ego Alberto Díaz de Guzmán. Sobre la importancia y la fiabilidad de este texto se ha debatido⁵⁴. Es un tema que no voy a tratar en este trabajo. Lo que sí me parece importante es que al volver su mirada sobre Díaz de Guzmán en 1941, el autor lo caracteriza como «aprendiz de intelectual». Recuérdese que en *La pata de la raposa*, Alberto era pintor; en *Troteras y danzaderas* es escritor. A través de este doble ficticio del autor vamos presenciando en esas cuatro novelas la evolución de «un intelectual», palabra que aparece solo una vez en la versión original de la novela⁵⁵. Solo muchos años más tarde, en 1931, en el primer acto de la Agrupación al Servicio de la República, se identificará como «intelectual»⁵⁶.

El Pérez de Ayala de 1913, novelista, es el que nos ofrece en *Troteras y danzaderas* un fresco de la sociedad madrileña en 1910. Capta los ambientes y las personalidades de la época: artistas, escritores, políticos, señoritos, y unos individuos que aspiraban a «influir en el rumbo de su país»; es decir, los que encarnaban la intelectualidad de aquel momento. De ese grupo, el autor pondrá de relieve la figura de Antón Tejero (Ortega) el jefe de la generación joven, y la de Raniero Mazorral (Maeztu), que por su edad pertenece a la anterior. Es principalmente a través de estos dos personajes, junto con las reacciones de Alberto Díaz de Guzmán —el doble ficticio del autor— como se exponen las ideas que se debatían en el Ateneo madrileño en torno al «problema de España».

Ortega ya se reconocía como el líder de la juventud intelectual. Tanto por ese hecho como por la amistad que le unía al joven filósofo, Ayala perfila con cuidado su personalidad humana y su perfil ideológico. Diez años más tarde, en 1923, al preparar una segunda edición, retoca el retrato de Ortega. Para mi propósito, el de ver la relación entre estas dos figuras, voy citar la primera edición, porque creo que capta la actitud de Ayala frente a Ortega en ese momento. En las notas a pie de página indicaré los cambios que introduce en 1923. Es significativo, creo, que en esa segunda edición los únicos retratos que retoca el autor son los de Tejero (Ortega) y de Mazorral (Maeztu).

Veamos con detenimiento la presentación de José Ortega y Gasset en *Troteras y danzaderas*, examinando la imagen de él que nos traza Pérez de Ayala a la luz de lo que se sabe acerca de la realidad biográfica de José Ortega y Gasset en 1910. Antón Tejero hace acto de presencia dos veces. El narrador además registra la reacción de

⁵⁴ No la reproduce Andrés Amorós (1972: 27) en su edición crítica de novela por parecerle que representaba «una bonita construcción mental realizada “a posteriori”».

⁵⁵ Es un término que en España va a usarse con frecuencia durante la Primera Guerra Mundial para aludir despectivamente a los jóvenes aliadófilos.

⁵⁶ Vid. su artículo «Al Servicio de la República» en sus *Obras completas* (III, 1963. Madrid: Aguilar, 1045-1061). Reproduce el texto del discurso que leyó en Segovia (14 de febrero de 1931) al celebrarse el primer mitin de la organización.

otros personajes frente al joven filósofo, agregando así otras perspectivas sobre su figura. Aparece por primera vez cuando hace una visita a su amigo Alberto Díaz de Guzmán para conversar con él y proponerle que se celebre un mitin de protesta.

Antón Tejero era un joven profesor de filosofía, con ciertas manifestaciones tentaculares⁵⁷ de carácter político y había arrastrado a la zaga de su persona y doctrina⁵⁸ una pequeña mesnada de secuaces⁵⁹. Aunque sus obras completas apenas si llegaban a dos docenas mal contadas de artículos⁶⁰, había bastado tan flojo bagaje para granjearse la admiración de muchos, la envidia de no pocos, y el respeto de todos, sentimiento este último de mejor ley y más difícil de inspirar que la admiración. Filósofo, al fin⁶¹, era demasíadamente inclinado a las frases genéricas y deliciosamente vanas. Era también muy entusiasta, y como toda persona entusiasta carecía de la aptitud para emocionarse. De talentos retóricos⁶² nada comunes, propendía a formular sus pensamientos en términos donosos, paradójicos y epigramáticos, por lo cual se le acusaba en ocasiones del defecto de oscuridad. Por ejemplo, había anticipado el remedio de los males que acosan a España con estas palabras: «España se salvará alzándose a la dignidad de nación civilizada, el día que haya nueve españoles capaces de releer el Simposio o banquete platónico en su original griego» (Pérez de Ayala 1913: 141).

Antes de seguir adelante con el comentario de este texto, voy a dar atención a ciertos detalles incluidos en esta primera parte del retrato de Tejero (Ortega). El autor empieza por trazar la personalidad pública del joven filósofo, que empezaba entonces a asumir el liderazgo de la juventud intelectual española. En lo que se refiere a sus publicaciones («dos docenas mal contadas de artículos») el narrador se atiene a la verdad de aquel momento. Téngase en cuenta que al escribir estas palabras, Ayala ya gozaba de fama como novelista, sobre todo por el éxito de su muy sonada obra *A.M.D.G.* Ortega, por su parte acababa de conseguir la cátedra de Metafísica en la Universidad Central, y su brillantez oratoria se había revelado en una conferencia que dio en Bilbao en 1910, «La pedagogía social como programa político». Con respecto a «los talentos retóricos» de Antón Tejero, debe observarse que Ayala sentía cierto recelo frente a los oradores, y así debió de percibir a su amigo, que según él «como toda persona entusiasta carecía de la aptitud de emocionarse»: es decir, lo ve como un histrión. Se trata de la conocida «paradoja del comediante». Más adelante volverá a aparecer este mismo tipo humano encarnado en el zapatero-dramaturgo de su gran novela *Belarmino y Apolonio*. Nos sacaría fuera de nuestro camino detenernos en las técnicas de creación que utiliza en sus novelas Ayala, pero dejamos apuntado que él

⁵⁷ En 1923 las palabras «manifestaciones tentaculares» son reemplazadas con «ciertas irradiaciones».

⁵⁸ En 1923 se agrega el adjetivo «incipiente» al sustantivo «doctrina».

⁵⁹ En 1923 se añade el adjetivo «ardorosos» al sustantivo «secuaces».

⁶⁰ En 1923 se enmienda esta oración del modo siguiente: «sus obras completas filosóficas no pasaban todavía de *un breve zurrón de simientes de ideas*» (la cursiva es nuestra).

⁶¹ En 1923 a la frase «filósofo al fin», añade «en ocasiones».

⁶² En 1923 reemplaza el adjetivo «retóricos» con el adjetivo «literarios».

concebía sus personajes ficticios como arquetipos⁶³, y es evidente que aplica el mismo procedimiento en el caso de las personalidades cuyos retratos traslada al lienzo de su novela. En resumen, a pesar de satirizar levemente a Ortega (Tejero), queda bien claro que Ayala reconoce su talento y el éxito de sus iniciativas. Esto no impide que se burle de la solución que propone aquel para remediar «los males que acosaban a España»: que se salvaría «el día que haya nueve españoles capaces de leer el Simposio o banquete platónico en su original griego». Fijémonos en la forma indirecta que utiliza Ayala para burlarse de estas declaraciones del joven meditador. Atribuye a Luis Muro «el poeta cómico» (Luis de Tapia) los versos siguientes publicados en el diario *La Patria*: «Dan gusto nuevo al garguero / en el festín de Platón; / mas, diga el señor Tejero, / ¿ y el piri, coci, o puchero / del resto de la nación?» (141) En 1910, cuando la pobreza y el analfabetismo constituían la realidad del pueblo español, predicar la lectura del *Simposio* en su original griego resultaba bastante absurdo. Pero esas declaraciones ingenuas que adscribe el novelista a Tejero (Ortega) no son inventadas, son verídicas.

En 1908 Ortega y Maeztu habían llevado a cabo en la prensa española una polémica con respecto a la táctica más eficaz para educar al pueblo español. Maeztu opinaba que Ortega era demasiado teórico en sus escritos periodísticos, y por lo tanto no lograba comunicarse con «el lector español de escasa lectura» (Fox 1982: 225). En el verano de 1908 Maeztu le escribe, desde Londres, una carta privada en la que trata de convencerle que se despoje del énfasis germánico y que escriba «de tal forma que se engañe al lector persuadiéndole de que sabe tanto como el que escribe». Ortega le contesta

Yo creo que una nación no puede vivir si no hay en ella unos cuantos hombres que lean a Platón en griego y comenten a Kant y hagan inventos de mecánica racional y escriban tratados de biología y de escritura cuneiforme y reconstituyan los tres primeros siglos del cristianismo⁶⁴ (Fox 1982: 225).

Maeztu reproduce esta carta en su propio artículo⁶⁵, y eso nos explica que Pérez de Ayala pueda haberse aprovechado de este detalle verídico en su retrato de Ortega. Del texto citado, Ayala elige el solo detalle que le sirve para poner de relieve un aspecto de su personalidad: su pedantería. En la misma carta de Ortega a Maeztu, aquel afirma su derecho a ser como es con las siguientes palabras:

[...] Parte usted, como de un principio inconcuso, que es preciso influir sobre los muchos, de que no hay otra labor útil y por tanto, lícita. Quiere usted, en una palabra, que

⁶³ Para Ayala, «La idea platónica de un personaje es lo más inmanente a él, lo que constituye el tipo espiritual a que pertenece (mejor su arquetipo, pues toda personalidad espiritual es por sí un tipo primero y único)» (Pérez de Ayala 1963b: 954).

⁶⁴ Por lo demás, hay otros artículos publicados por Ortega en 1908 que reflejan esta actitud; por ejemplo, «El pathos del Sur», en el cual atribuye la decadencia de España al hecho de haberse alejado demasiado de la cultura de Grecia (Ortega y Gasset 1963: 499-502).

⁶⁵ Publicado en *Nuevo Mundo* (30-7-1908) con el título «Cultura y alta cultura». Sin duda Pérez de Ayala lo había leído, y por ese motivo incluye el detalle.

todos seamos periodistas. No admite usted la posibilidad simultánea de que sea necesario para España que usted sea periodista y que yo no lo sea (Fox 1982: 225).

Al respecto, recordemos que en su caracterización implacable de Maeztu (Raniero Mazorral) Ayala lo retrata como un periodista sin originalidad alguna, asignándole en la jerarquía intelectual un rango muy inferior a Ortega.

Reanudamos nuestro comentario del texto en que se presenta la figura de Antón Tejero. Si el narrador ha sido algo duro con su modelo en las primeras pinceladas que traza, caracterizando el tipo espiritual al que pertenece, ahora va a ofrecernos un retrato pictórico de cuerpo entero, en el cual no faltan algunas notas de simpatía.

La admirable pureza intelectual de Tejero trasparecía en sus ojos, de asombrosa doncellez y pureza, sobre los cuales las imágenes de la realidad resbalaban sin herirlos. Contrastaba con la doncellez de los ojos una calvicie prematura⁶⁶. La forma y tamaño del cráneo entre teutónicos y socráticos; la armazón del cuerpo, chata y ancha; los pies producían la ilusión de estar abiertos en un ángulo mayor de noventa grados, de tal suerte que la figura parecería descansar sobre recia peana⁶⁷. Trataba a todo el mundo con magistral benevolencia, y la risa con que a menudo irrigaba sus frases era cordial y traslúcida. (142)

El novelista destaca los valores escultóricos de su modelo, con cierta insistencia en la inmovilidad y la solidez de un orador que descansa sobre una «recia peana»: una clara alusión al hombre público que ya empezaba a ser Ortega. Pérez de Ayala le atribuye serenidad, aplomo e ingenuidad. Dada la independencia intelectual de Ayala, en la frase «magistral benevolencia» (con la cual caracteriza el tono condescendiente con el cual el joven filósofo trataba a los demás) se detecta una ambivalencia irónica en la actitud del autor frente a su personaje. En cuanto a su manera de percibir la realidad, se capta mediante la descripción de los ojos «sobre los cuales las imágenes de la realidad resbalaban sin herirlos»⁶⁸. Así se nos indica que Tejero contempla la realidad desde una perspectiva olímpica, sin inmutarse, y para Ayala, como artista, esa percepción tenía que parecerle deficiente. Más adelante, cuando Alberto Díaz de Guzmán discrepa con Antón Tejero sobre la necesidad de dar una educación política al pueblo, aquel le advierte: «Mire por una vez siquiera, querido Antón, alrededor suyo, y hacia atrás en nuestra literatura y verá una raza triste y ciega que ni siquiera

⁶⁶ El manuscrito original de la novela dice así «Contrastaba con la doncellez de los ojos la ajada caducidad de la piel de color libro viejo, y la prematura calvicie» (Amorós 1996). El empleo de estas dualidades (*doncellez-caducidad, calvicie*) para caracterizar a su personaje es una de las técnicas que suele utilizar el autor en sus obras de ficción.

⁶⁷ El manuscrito original: «Los pies, abiertos en un ángulo mayor de noventa grados, de tal suerte que estando quieto, parecía descansar sobre recia peana, y en rompiendo a andar, sugería vagas reminiscencias de ave o de palmípedo» (Amorós 1996). En la edición de 1923 hace otra enmienda: «Los pies *sin ser grandes producían una ilusión de aplomo mecánico*».

⁶⁸ En otro pasaje de la novela (51) Rosina explica por qué su amante don Sabas había puesto el nombre de Platón a su pez: «Dice que Platón era un filósofo, y que todos los filósofos son como peces en pecera, que ellos toman por el universo mundo, y que los filósofos son castos e idiotas, como los peces». No sería descabellado ver en este humorismo otro dardo dirigido a Ortega.

puede andar a tientas, porque le falta el resto de los sentidos» (143) (la cursiva es nuestra). Alberto le reprocha así por su visión deficiente del pueblo español, y avanza a su vez la solución tantas veces comentada en los estudios sobre el autor asturiano: dar una educación estética al pueblo con el fin de desarrollar su sensibilidad, sin la cual no podría adquirir la tolerancia necesaria para la convivencia social.

En la reacción de Tejero a esta idea se apunta otro rasgo del joven filósofo, que reprocha a su amigo con una sonrisa condescendiente: «No le falta razón en muchas cosas que dice, pero son algo desordenadas, necesitan mayor objetividad». De esta manera Ayala alude al «cientificismo» que caracterizaba a Ortega en esta etapa de su evolución como filósofo, una postura con la cual discrepaba Pérez de Ayala. En otro lugar el narrador observa

A Tejero le enojaba que su interlocutor discurriese con ímpetu. En tales casos el reproche que acostumbraba hacer era la falta de objetividad, de cientificismo, como un aviador que definiera a los pájaros: Aficionados a la aviación (145).

Como es sabido, Ortega vuelve de Alemania bajo la influencia del neokantismo, y Pérez de Ayala impugna esta postura valiéndose de un dardo irónico y burlón. Compara el objetivismo de Ortega al de un aviador que definiera a los pájaros como «Aficionados a la aviación.» Aunque es cómica la comparación utilizada por el novelista, nos muestra lo absurdo que le resulta el reproche hecho por Tejero a Díaz de Guzmán, y en el fondo representa una discrepancia intelectual seria. Con este ejemplo Ayala insinúa irónicamente lo que en otros escritos afirma con toda claridad. «La visión objetiva quiere decir el modo subjetivo en que cada cual ve un objeto». Es la teoría del perspectivismo implícita ya en *Troteras y danzaderas*, no solo en el ejemplo que acabamos de ofrecer, sino en la teoría estética enunciada en la novela misma. Huelga decir que Ortega y Gasset va a abandonar el cientificismo para postular a su vez el perspectivismo.

Otra característica del joven filósofo queda apuntada en la conversación que tiene con Alberto Díaz de Guzmán sobre el problema filosófico de la estética. Al preguntarle Tejero si había leído la teoría de *Einfühlung*, Alberto le contesta que no, que él mismo lo había descubierto, pero que fue una prostituta quien le había hecho «penetrar más cabalmente» en esa teoría. Tejero «se puso serio» y le amonestó: «¡Cuándo se dejará usted de producirse en humorismo!» (145). En un artista como Pérez de Ayala, no se perdonan estos dos rasgos: la obsesión con el cientificismo y la falta del humor. A pesar de esto, el narrador halla en Tejero notas positivas: su bondad y su espíritu de desprendimiento. Se revelan estas al final del capítulo en el que tiene lugar la conversación entre Alberto y Antón Tejero. Al salir a la calle este se da cuenta que le han robado la paga que llevaba en el gabán. Su reacción frente a esto es filosófica, y termina por decirse: «No me venían mal a mí pero al que se las ha llevado de seguro le hacían mucha más falta. ¡Qué le hagan buen provecho!» (147).

Tejero vuelve a aparecer cuando se nos describe la conferencia de Raniero Mazorral en el Ateneo. Durante el discurso, Alberto que está sentado al lado de Tejero,

Miró de reojo al joven filósofo, con su grande y apacible cabeza socrática, prematuramente calva, la desnuda doncellez de sus ojos, e imperturbable aplomo de la figura con recia peana⁶⁹. Tejero era quien había infundido emoción estética y comunicativa a aquella vieja lamentación española que ahora hacía eco en el cráneo de Mazorral. Las ideas y las emociones de esta conferencia eran obra de Tejero, a las cuales daba virtualidad escénica Mazorral, hombre apto para las exhibiciones histriónicas porque sabía entrar en situación, esto es apasionarse por las ideas y darles virtualidad ardiente. Explícitamente lo reconoció así el propio Mazorral desde la tribuna proclamando a Tejero jefe e inspirador de la juventud culta, gran español, a cuyo celo y diligencia el *problema España* debía su enunciación exacta y metódica, y ángel exterminador de la política arcaica, aludiendo con esto último a que Tejero con un simple discurso en un mitin había derribado del ministerio a don Sabas Sicilia [...] (256).

La imagen de Tejero (Ortega) como un «ángel exterminador» halla eco en la observación hecha por el personaje Halconete (Azorín) quien apunta la tensión entre la juventud intelectual representada por la generación de Ortega y la anterior. En una conversación con Alberto Díaz de Guzmán, el autor de *La voluntad* declara:

Este Tejero es hombre de grandes arranques. Nada menos que va salvar a España. En verdad me deja perplejo este joven... Por lo pronto no se contenta con menos que exterminarnos a todos los que somos conservadores (155).

Su interlocutor disiente («*Ud no puede ser conservador sincero...*») y tras una larga disquisición sobre la varias posibles posturas políticas afirma a su vez que Halconete es «un poco arrivista en política y un mucho humorista en arte» (156). Así caracteriza Pérez de Ayala a su amigo Azorín, que había iniciado su carrera siendo anarquista, pero que en 1910 ya había evolucionado hacia una posición conservadora. En *Troteras y danzaderas* se le retrata como un buen epicúreo escéptico que no cree en la eficacia de la intervención directa de los intelectuales en la vida de su país. Con esa misma actitud es más que probable que se identificara el Pérez de Ayala de 1912. Cuando Anton Tejero le pide a Alberto que intervenga en el mitin de protesta, este contesta que sería «tiempo perdido». A mi juicio, la opinión que el novelista pone en boca de Teófilo Pajares expresa su propio desdén por el grupo capitaneado por Ortega (Tejero). Es significativo que es la única vez que se utiliza la palabra *intelectuales* en esta novela.

Habláis mal de los tertulines de café, de la charlatanería y politiquería españoles. Pues yo que he asistido muchos años a esas tertulias, os digo que *vosotros, los que os las dais de intelectuales, con vuestro énfasis, vuestras conferencias, vuestro redentorismo*, no decís ni hacéis cosas más ni menos razonables o profundas que las que se dicen y hacen en los cafés. ¡Insensatos, insensatos! Queremos hacer pueblo y no sabemos hacernos hombres! (271)⁷⁰ (la cursiva es nuestra).

⁶⁹ Con la repetición exacta de estos mismos detalles descriptivos, cobran las frases el valor de epítetos. Es otra técnica narrativa de Ayala con la cual nos remite al estilo de Homero.

⁷⁰ Una clara alusión al programa educativo krausista que consistía en la formación de la personalidad. *Vid.* el ya citado libro de Juan Ramón Prieto Jambrina (1998: 93-8).

En los últimos párrafos de la novela, Pérez de Ayala agrega una pincelada final a la imagen de Ortega. Enrique Muslera (García Morente), un joven de la mesnada de Tejero, comenta un artículo reciente del joven filósofo.

Ahora resulta que ocuparse de política es perder el tiempo; que el problema España no es tal problema España; que no se debe ser progresista y demócrata sino tradicionalista, o lo que es lo mismo restauracionista; que él, Tejero, no es un hombre objetivo como hasta ahora nos había asegurado, sino un vidente, un místico español. En suma que nos ha estado tomando el pelo (1913: 383).

Este detalle final en el retrato de Ortega fue agregado, al parecer, muy poco antes de entregar la novela a la prensa, y se basa de nuevo en hechos verídicos. Recuérdese que *Troteras y danzaderas* está fechada en Munich, el 10 de noviembre de 1912; su autor está de vuelta en Madrid al mes siguiente. Entre 1910 (la fecha interior de la obra) y 1912 Ortega va de nuevo a Alemania, y como resultado de sus estudios cambia la postura filosófica (el objetivismo científico) con la cual se le había caracterizado al comienzo de *Troteras y danzaderas*. Por lo demás, el artículo de Ortega al que se refiere Muslera (García Morente) fue publicado en *El Imparcial* en septiembre de 1912. En él se describe una conversación entre su alter ego, Rubín de Cendoya, «un místico español», y sus amigos⁷¹. Lo que comenta Ortega en su artículo es una nueva tonalidad «restauracionista» que se iba levantando por toda Europa. Este detalle nos indica que cuando Ayala estaba en Munich seguía muy de cerca los escritos de Ortega. Otra vez, en este caso concreto, no inventa los detalles el novelista, la realidad misma se los proporciona. ¿Por qué se cuida tanto de registrar los virajes en la postura intelectual de su amigo? Habiendo examinado algunos ensayos posteriores de Ayala en los que se encuentran alusiones a las ideas del filósofo madrileño, creo poder ofrecer una posible explicación. Me parece que le gustaba satirizar una de las características de Ortega: el afán de siempre estar atisbando las señales de lo venidero, con esa sensibilidad suya para detectar lo nuevo. Ayala por su parte se mantendrá siempre en la postura de un clásico; no corta amarras con el pasado. Es este un tema que solo puedo dejar apuntado aquí; lo que quisiera señalar es que en 1912, el autor contempla con ironía afectuosa a Ortega, indicándonos así la distancia intelectual que desea marcar entre sí mismo y su amigo.

En la siguiente carta escrita por el Ayala a Ortega, se puede inferir que este se sintió molesto al verse retratado en *Troteras y danzaderas*.

⁷¹ En su ensayo «La pedagogía del paisaje» publicado en *El Imparcial* (17-12-1906) Ortega se había referido a Rubín Cendoya («un místico español, un hombre oscuro, un hombre ferviente»). José Luis Abellán (1966: 54) ofrece algunas conjeturas acerca del significado de este interlocutor imaginario: «El llamar místico a un personaje es no sólo índice de no haber Ortega esclarecido durante esos años jóvenes su postura religiosa sino de tener abiertas simpatías por el misticismo, aunque éste tome la forma del panteísmo o de una vaga religiosidad del misterio». Luego añade que no sería descabellado ver en el personaje «un reflejo literario de don Julián Sanz del Río a quien Ortega tuvo especial deferencia aunque sin compartir su doctrinas».

15 de febrero de 1913
Sr. D. José Ortega y Gasset
Querido Pepe:

La otra noche —la del miércoles, creo— cuando me crucé con usted en la calle de Sevilla, advertí que usted me saludaba con una incertidumbre de penosa hermenéutica para mí. Me parece que desde hace algún tiempo acá hay entre usted y yo una desconfianza tácita y vacilante, esto es, que parece rehuir la expresión a veces, ignorarse, y a veces tiende a la claridad y con ella al sosiego. No sé quién tiene la culpa. Como yo no puedo juzgar sino de mí, la culpa es sólo mía. Lo de la otra noche me produjo malestar, desequilibrio. Esto es lo único que quiero evitar en mi vida. Por eso aspiro a poner las cosas en claro. En cuanto mi espíritu bascula un poco me mareo. De aquí que aborrezca las situaciones intermedias. Hablo a una persona o dejo de hablarla; no me gusta molestar porque no me gusta que me molesten; y luego, que el tiempo lubrifique las superficies de frotación.

Lo de la otra noche en rigor no fue nada y para mí fue lo bastante para determinarme a plantear sinceramente nuestra mutua posición. Al día siguiente, G. Sanchiz⁷² me refirió que usted le había encontrado leyendo mi última novela y las palabras que con esta ocasión hubieron de cambiar. Usted leerá mi libro. No he tratado de herirle a usted ni de molestarle. El don de saber molestar ha sido otorgado por Dios hartamente, hasta a ciertos animales inferiores, como las chinches. Comprenderá usted que al ponerme a escribir un libro en serio no iba a hacer uso de esa cualidad que todos en mayor o menor grado poseen. Aún suponiendo que yo lo poseyera en sumo grado no me creo aún en trance de extraerle rendimientos ni espero llegar a ello nunca. Mucho menos con usted. ¿Por qué? No por consideraciones de orden intelectual, que para mí no valen nada, sino por requerimiento de la espontaneidad afectiva, si usted quiere, de la simpatía física. Le quiero a usted *velay*, porque no puedo menos, y le he querido desde que le he conocido. Afectivamente siento una gran proclividad hacia usted (si a usted no le gusta la palabra proclividad sustitúyala por otra que le satisfaga). Intelectualmente ha habido siempre una cosa que nos ha separado, y es su falta absoluta de humorismo. Y este menos equivale a un más. Ahí va: su pedantería. Empleo pedantería en el sentido de suponer que aquello que de momento se piensa es lo definitivo y hay derecho a imponerlo como normativo y universal. Pedantería, como normativo y universal. Pedantería, como infantilismo intelectual, o edad del pavo del espíritu; tono de conducta antisocial, inelegante, impertinente y ofensivo. En cambio para usted es ofensivo lo que usted llama mi humorismo. Confieso que no sé en qué consiste mi humorismo ni por qué algunos han dado en llamarme humorista. En el trato de antes he aspirado siempre a pasar inadvertido, a ser un pobre señor, uno de tantos pobres señores. Luego, literariamente... He pretendido hacer todas mis cosas en serio.

He observado que cuando una mujer no pervertida se ofrece desnuda a la curiosidad del amante, sonrío de manera inequívoca y patética. En cambio las mujeres corridas, ramera a carta cabal, o infinitamente sensibles e impúdicas, nos maravillan por su serenidad filosófica. Aquella sonrisa es para mí el humorismo.

No he encontrado ninguna persona de quien no tuviera algo que aprender; por eso no me interesan las opiniones ajenas acerca de mi persona o de mi obra, concreta-

⁷² Federico García Sanchiz (1884-1964) aparece retratado en la novela en el personaje de Arsenio Bériz. *Vid.* al respecto los datos proporcionados por A. Amorós (1973: 101-3). En sus memorias, el mismo Federico García Sanchiz (1959: 94-7) comenta su doble ficticio.

mente. Usted, por el contrario, parece que no tiene que aprender nada de nadie, en cambio le afecta en una medida increíble cuanto se dice de su persona. Esto es lo que nos diferencia y establece aquella desconfianza tácita de que antes hablé.

Y ahora; lo que a usted se refiere en mi último libro fue escrito con cariño. Si usted tiene algún motivo de resentimiento contra mí, dígamelo. Y en la amistad ya sabe, no acierto a admitir sino la lealtad sincera y efusiva o la enajenación.

Muy suyo
Ramón

Dentro del epistolario que vamos presentando, esta misiva⁷³ ocupa un lugar central, porque nos da la clave fundamental para interpretar la compleja relación humana que se fue forjando posteriormente entre Pérez de Ayala y su amigo, Pepe Ortega. Por una parte, aquel siente auténtico cariño y simpatía («proclividad») por este. Eso en lo que se refiere a lo afectivo. Por otra parte, en cuanto a lo intelectual, se siente irritado cuando el filósofo intenta imponer su autoridad. Como resultado, lo que caracteriza la relación humana entre ellos es la ambivalencia, que se manifiesta con frecuencia —en el caso de Ayala— por medio de la ironía distanciadora. En efecto, todo lo que el novelista declara en esta carta se ve reflejado fielmente en la novela. Puesto que le concede importancia al sentido del humor como uno de los dos factores temperamentales que le separan de Ortega, debemos detenernos en la analogía que Ayala adelanta para explicarle lo que significa ese humorismo para él: un mecanismo de defensa. Para ello, el novelista se vale de una comparación que había utilizado previamente en una carta escrita en 1904 a su amigo Miguel Rodríguez. En ella Pérez de Ayala compara su labor de escritor a la de la prostitución.

Me he emputecido cerebralmente, y de la misma manera que la zorra pide mecánicamente, mercenariamente cuidándose del salario, sin poner en el acto carnal la menor sensación, o deleite, o interés afectivo, yo escribiré mis cosas buscando el movimiento, la postura y hasta el *ronquío* que más gusto le dé al público (1980: 44).

Aunque pueda verse en esta postura el deseo de *épater le bourgeois*, no deja de llamar nuestra atención que en 1912, al comentar su propia obra creativa, se valga de nuevo de una imagen análoga y, sin duda, de alguna manera relacionada a la previa. El autoanálisis, hecho aquí a modo de confesión o de disculpa, al comparar el humorismo a la sonrisa patética e inequívoca de «una mujer no pervertida» que «se ofrece desnuda a la curiosidad del amante», nos permite ver lo que ese humorismo representaba para Ayala: un gesto de pudor, el pudor del artista tímido que al desnudar su intimidad frente al público, y por el temor de hacer el ridículo, se defiende instintivamente. En 1947, encontrándose en el exilio en Buenos Aires, reitera este sentimiento a Rodríguez Acosta:

⁷³ Con ocasión del centenario de José Ortega y Gasset, se publicaron en *El País* (el 8 de mayo de 1983) varias cartas dirigidas a él. Entre ellas se encuentra la que acabamos de reproducir.

Si yo hubiera sido rico, mi mejor deleite habría sido escribir, pero para mí mismo y lo que a mí me gustase. Por lo cual siempre me he ruborizado y aun dado vergüenza por cobrar, por llevar a cabo aquello que es el primer placer y consuelo de mi vida. (1980: 289).

Volvamos de nuevo a la carta escrita por Ayala a Ortega en 1913. A nuestro juicio, es un documento que ilumina la tensión que más adelante va a caracterizar su relación intelectual posterior, un tema complejo que hasta ahora queda sin examinar. Nos limitamos solo a apuntar que dentro del compañerismo que le llevó a colaborar con su amigo en varias iniciativas, Ayala siempre se reservaría el derecho de discrepar con él. En las cartas que hemos presentado, es evidente que a Ayala le importaba la opinión que pudiera tener Ortega de su obra literaria, por lo tanto, le respetaba; pero también queda patente que Ayala no quería ser identificado como «secuaz» suyo; tampoco veía en filósofo un «mentor», como tantas veces se ha repetido por algunos estudiosos. Al contrario —y sus declaraciones lo revelan claramente— el novelista siempre afirmó su propia independencia intelectual y artística. Por lo demás, lo que se puede inferir tanto de esta carta íntima como de la novela misma es que Pérez de Ayala, que siempre predicó la tolerancia, no toleraba que otros intelectuales pretendieran imponer sus ideas sobre los demás.

La amistad de estos dos intelectuales será duradera. Habrán de colaborar en numerosas iniciativas culturales y políticas. En su biografía magistral de Pérez de Ayala, el historiador Florencio Frieria Suárez estudia detenidamente el protagonismo político de Ayala y nos proporciona un cuadro sintético de su participación en numerosas organizaciones en las que también participaron otras figuras de la generación de 1914. Entre ellas, por supuesto, figura Ortega. «Resulta sorprendente» —observa Frieria— «que sólo Pérez de Ayala y Manuel Azaña coincidan siempre...» (1997: 106). Los datos que nos ofrece en ese cuadro sintético nos permiten ver que Ortega y Pérez de Ayala, aunque siempre «próximos» en la política, tuvieron sus diferencias. Creo que sobre todo en el terreno de las ideas y de la cultura, Ayala sí discrepaba con el filósofo, pero tanto en Ortega como en Ayala hubo cierta reticencia a enfrentarse públicamente.

Cesar González Ruano (1962) que frecuentó la compañía de Ayala tras la vuelta de este a Madrid en 1955, se refiere en su artículo necrológico a las amistades del novelista, declarando que «sus grandes amigos de siempre seguían siendo Marañón, el granadino Rodríguez Acosta, Belmonte, Sebastián Miranda, y con diferencias, Ortega». Eduardo Pérez de Ayala Rick, hijo del escritor, avaló esta opinión cuando me confirmó que aunque Ortega era amigo de su padre, no pertenecía al círculo de sus amigos íntimos. Andrés Amorós (1980: 14) también dedica atención al tema de las amistades que Ayala cultivó. Respecto de su relación con el filósofo, concluye que «estimaba a Ortega, pero no dejaba de aplicarle algunos dardos irónicos». Al celebrarse el centenario del nacimiento del novelista asturiano, Dionisio Gamallo Fierros (1981: 344) se pregunta «hasta qué punto el desenvolvimiento de la propia razón, y a la par de ella el comercio intelectual con Ortega determinaron la creciente formación

y cuajo del tercer Pérez de Ayala, el de la gran novela intelectual», haciendo a seguido esta salvedad:

Y conste que no desconozco que existieron mutuas desconfianzas, reciprocidad de alejamientos y reticencias entre los autores de *Los trabajos de Urbano y Simona* y *La deshumanización del arte*. Como escondiéndose y sin atreverse a romper del todo las hostilidades, «se distinguieron», aludiéndose entre líneas orales y escritas, se dedicaron expresivos silencios, con tácitas repulsas.

De hecho, sobre la posible interdependencia ideológica-literaria de estas dos figuras se ha especulado más de una vez. Mariano Baquero Goyanes (1963: 161-244) es quien con mayor detenimiento ha apuntado las posibles conexiones entre el pensamiento teórico de Ortega y la obra literaria de Ayala. Lo hace señalando, de modo cauteloso, paralelismos y convergencias entre los derroteros seguidos por uno y por otro. Con admirable prudencia, se abstiene de establecer prioridades; tampoco llega a sugerir que hubo influencias. Por su parte, Frances Wyers Weber (1966: 23) señala que en la escena de la muerte de de Teófilo Pajares en *Troteras y danzaderas* (1913) se puede ver un anticipo de la teoría del perspectivismo expuesta por Ortega en *La deshumanización del arte* (1925).

En lo que se refiere a la influencia temprana de Ortega en la postrera configuración del Ayala, esta sería difícil de rastrear. Roberta Johnson (1993: 129) opina que durante los primeros años de su contacto (los que corresponden precisamente a las cartas que hemos reproducido) es probable que Ortega aprendiera tanto de Ayala como Ayala de él. Con esta opinión estoy de acuerdo. Sin adelantar demasiado los resultados de mi propia investigación, solo apunto una. Al comparar sus respectivas trayectorias ideológicas, he podido observar que en el ideario de Pérez de Ayala se verifican menos cambios de los que se pueden notar en el de Ortega. Con esto no quiero dar a entender que la consecuencia de Ayala consigo mismo represente un juicio comparativo que redunde en menosprecio de Ortega. Al contrario, una de las cualidades admirables de Ortega era su capacidad de cambiar con el cambio y de habérselas con los fenómenos culturales de su tiempo. Lo que quiero subrayar es que Ayala no era —para usar su propia expresión— de los que no son capaces de pensar «con un cerebro prestado». Y en su pensamiento se puede ver desde el principio de su carrera de escritor una gran coherencia. Se trata, a nuestro juicio, no de influencias, sino de algunas coincidencias temáticas que se dan en dos pensadores de gran originalidad, ambos dotados de un talento literario extraordinario. Ayala fue siempre, así como lo retrató Rubén Darío (1906: 224) «de los poetas que piensan»; Ortega por su parte, y según su propia confesión tardía, se debatió entre las dos máscaras de su personalidad: la del filósofo y la del poeta, llegando a la conclusión de que «acaso fuera —especie insólita— un centauro de ambos»⁷⁴ (Torre 1962: 264).

⁷⁴ En una conferencia pronunciada en Buenos Aires, en 1939, al cerrar el curso sobre *El hombre y la gente*, Ortega aludió a esta dualidad íntima. Vid. el artículo de Guillermo de Torre (1962)

Salvador de Madariaga, coetáneo de nuestros dos hombres, traza sendas semblanzas en las cuales se pueden reconocer algunos rasgos que hemos venido poniendo de relieve. Cuando conoció a Ortega en 1911, este tenía veintinueve años; era ya «el guía y mentor de la juventud española», que «reclutaba ciudadanos conscientes para España con sólo mirarlos». Del retrato espigamos el siguiente párrafo:

Era para todos nosotros una era de esperanzas. Ortega, joven y vigoroso, lanzado a toda vela, se entregaba de cuerpo y alma a su misión de educador político del pueblo español, con una visión profunda y original de la obra por hacer. Nada de krausismo. No se trataba de transplantar un pino teutónico al país de las palmeras, sino de algo mucho más hondo; ¿de transfigurar la palmera en pino? Claro que no. Pero allá en el fondo del transfondo orteguiano, ¿quién sabe? De todos modos, para aquel ingenio implacablemente serio, insobornablemente limpio, la labor no consistía en reformar el campo, en vigorizar la economía, en construir escuelas, sino en darle un cambiazco al carácter español. Este mero enunciado basta para medir la virtud original del joven filósofo, y quizá su ingenuidad insospechada (1974: 338).

Ese deseo vehemente de darle un «cambiazco al carácter español» corresponde a otra imagen de Ortega que nos parece acertada, la de ver en él un «escultor de pueblos». José Luis Abellán (1966: 51) estudia el sensualismo plástico que caracteriza la prosa del filósofo, y descubre que «su estilo literario tiene el aspecto figurativo que caracteriza la actividad del escultor». La prosa de Ortega, preocupado por cuestiones de forma para poder encarnar sus ideas, tiene —seguimos citando a Abellán— «el carácter de algo labrado con el cuidado del artista por moldar la materia.» De hecho, en sus escritos Ortega emplea a veces la imagen del cincel para referirse a la obra reformadora que quería llevar a cabo; por ejemplo, en una carta que escribió a Unamuno en 1907⁷⁵, pidiéndole su colaboración en esa labor, declara lo siguiente:

[...] tenemos que hacer otra España íntima [...] hay que hacerla personalmente, uno a uno sus individuos, y es obra de cincel, larga como la vida de un hombre que no tiene vanidades. Lo interior de una raza es una conciencia: la conciencia, la pura forma la pone la raza toda, el contenido de la conciencia de una pueblo se llama Ideal (grande o necio, idealista o practicante.)—Y este ideal lo da alguien a la raza.

[...] Hay que meter la estatua de bronce en los poros del barro de la Estatua (1987: 173-4).

Abellán observa que si en estas imágenes relacionadas con la actividad de un escultor se refleja un mecanismo de la mente, entonces Ortega veía el pueblo como una «masa sumisa a los logros del maestro». Es evidente que alude así al aspecto autoritario de Ortega. De ser acertado, cabría decir que si el filósofo, por su vocación y por su temperamento, quería modelar al pueblo, asimismo es lícito decir que Ramón Pérez de Ayala en su propia obra de arte aspiraba a pintar imágenes en las cuales el pueblo pudiera aprender a verse y a transformarse.

«Unamuno y Ortega», publicado originalmente en 1942 y recogido en su libro de ensayos, *La aventura estética de nuestra edad*.

⁷⁵ La carta, que se encuentra entre los papeles de Ortega, nunca fue enviada al correo.

Veamos ahora la semblanza de Ayala trazada por Madariaga.

Ayala tuvo la serenidad intelectual del hombre de pensamiento puro y libre sin rayas, fallas, tabúes, linderos de ninguna clase. Y siendo tan intelectual no fue nunca intelectualista, ni pedante, ni hombre trabado por prejuicio alguno. Fue uno de los espíritus más libres de este siglo. Esta postura lleva sus riesgos. Es muy posible que Ayala no lo-grase haberlos sorteado todos. Se daba, en particular en él cierta indiferencia con ribetes de escepticismo y aún de cinicismo en cuanto a su actitud para las cosas de la vida colectiva, ya política ya social. Recuerdo una conversación que tuve con él sobre la historia de nuestro pueblo, tan abundante en altos hechos e increíbles hazañas como en barrancos tristes de fracaso o de humillación, y como su actitud se colocaba sin esfuerzo en una perspectiva nada humilde ni orgullosa, sino reposada y natural. ¿Por qué no ha de haber pueblos que se granen en el éxito y la prosperidad y otros en el desengaño y el sufrimiento? Ésta era en el fondo la postura normal y de equilibrio en que Ayala vivía y a la que debía no poco del encanto que su trato inspiraba. (1974: 315-316)

En la correspondencia que hemos presentado se perfilan, frente a frente, José Ortega y Gasset y Ramón Pérez de Ayala. Las cartas nos revelan dos temperamentos muy distintos, pero ofrecen también un testimonio auténtico del afecto con el cual se inició su larga y dinámica amistad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABELLÁN, José Luis (1966): *Ortega y Gasset y la filosofía española*. Madrid: Tecnos.
- ALBIAC, María Dolores (1976): "La educación estética. Baile español". Un precedente desconocido de *Troteras y danzaderas*". *Ínsula* XXXI, 361. 3 y 14.
- ALBIAC, María Dolores (1977): "Hidalgos y burgueses: la tetralogía generacional de Ramón Pérez de Ayala". En *VII Coloquio de Pau, Del Antiguo Régimen al franquismo*. Madrid: Edicusa. Ed. M. Tuñón de Lara y otros. 205-47.
- AMORÓS, Andrés (1970): "Veinte cartas de Pérez de Ayala a Unamuno". *Revista de la Universidad de Madrid* XVIII/70-71, t. II, 7-32.
- AMORÓS, Andrés (1971): "Introducción" a la edición crítica de Ramón Pérez de Ayala. *Tinieblas en las cumbres*. Madrid: Castalia.
- AMORÓS, Andrés (1972): *La novela intelectual de Ramón Pérez de Ayala*. Madrid: Gredos.
- AMORÓS, Andrés (1973): *Vida y literatura en "Troteras y danzaderas"*. Madrid: Castalia.
- AMORÓS, Andrés (1982): "Quince cartas inéditas a Pérez de Ayala. (Baroja, Cossío, Falla, Maura, Pidal, Mesa, Nervo, Prieto)". En José Amor y Vásquez & David A. Kossof (eds.): *Homenaje a Juan López Morillas*. Madrid: Castalia, 59, 41-62.
- AMORÓS, Andrés (1996): "El manuscrito de *Troteras y danzaderas*". *Ínsula* 591, marzo, 5-8.
- BAQUERO GOYANES, Mariano (1963): *Perspectivismo y contraste (De Cadalso a Pérez de Ayala)*. Madrid: Gredos.
- BOBES NAVES, María del Carmen (1981): "Renovación del relato en las primeras novelas de Ramón Pérez de Ayala". En *Pérez de Ayala visto en su centenario (1880-1980). Once estudios críticos sobre el escritor y su obra*. Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos. 79-99.
- COLETES BLANCO, Agustín (1980): "En torno al Ayala modernista: tres sátiras de *El Carbayón*". *Nueva Conciencia* 20-21. 55-67.

- COLETES BLANCO, Agustín (1984): *Gran Bretaña y los Estados Unidos en la vida de Ramón Pérez de Ayala*. Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos.
- CORPUS BARGA (1956): "Un aspecto de Ortega el refractario". *Sur*, julio-agosto. 173-4.
- DARÍO, Rubén. (1906): *Opiniones*. Madrid: Fernando Fe.
- FOX, Inman. E. (1982): "Sobre el liberalismo socialista (cartas inéditas de Maeztu a Ortega, 1908-1915)". En José Amor y Vásquez & David A. Kossof (eds.): *Homenaje a Juan López Morillas*. Madrid: Castalia, 221-35.
- FRIERA SUÁREZ, Florencio (1986): *Pérez de Ayala y la Historia de Asturias*. Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos.
- FRIERA SUÁREZ, Florencio (1997): *Ramón Pérez de Ayala, testigo de su tiempo*. Gijón: Fundación Alvargonzález.
- FRIERA SUÁREZ, Florencio (2002): *Cartas manchegas y otros artículos en «El Sol»*. Oviedo: KRK Ediciones.
- FRIERA SUÁREZ, Florencio (2008): Introducción y notas a Ramón Pérez de Ayala. *Prometeo, Luz de domingo, La caída de los limones. Novelas poemáticas de la vida española*. Oviedo: KRK. Ediciones.
- GAMALLO FIERROS, Dionisio (1981): "Primera etapa de la vida y obra de Pérez de Ayala". En *Pérez de Ayala visto en su centenario. 1880-1980. Once Estudios críticos sobre el escritor y su obra*, Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos. 227-445.
- GARCÍA BLANCO, Manuel (1965): "Unas cartas de Unamuno y de Pérez de Ayala". *Papeles de Son Armadans* 38, 237-254.
- GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor (1970): *Los senderos poéticos de Ramón Pérez de Ayala*. Oviedo: Universidad de Oviedo.
- GARCÍA DOMÍNGUEZ, Elías (1968): "Epistolario de Pérez de Ayala", *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 64-65, mayo-diciembre, 427-438.
- GARCÍA SANCHIZ, Federico: (1959). *Tierras, tiempos y vida. Memorias*. I, Madrid: Altamira.
- GONZÁLEZ RUANO, César (1962): "De domingo a domingo" *ABC*, 7 de agosto, 27-8.
- JOHNSON, Roberta (1993): *Crossfire: philosophy and the novel in Spain, 1900-1934*. Lexington: University of Kentucky Press.
- JUAN BOLUFER, Amparo DE (2001): "Primeras colaboraciones periodísticas de Ramón Pérez de Ayala". En Ángel Abuín, Juan Casas & José Manuel González Herrán (eds.): *Homenaje al profesor don Benito Varela Jácome*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela 297-320.
- MADARIAGA, Salvador DE (1974): *Espanoles de mi tiempo*. Barcelona: Planeta.
- MARTÍNEZ CACHERO, José María (1981): "Ramón Pérez de Ayala y el modernismo". En Pelayo H. Fernández (ed.): *Simposio Internacional Ramón Pérez de Ayala (1880-1980)*. University of New Mexico. Gijón: Flores, 27-38.
- O'RIORDAN, Patricia (1973): "Helios, revista del modernismo (1903-1904)". *Ábaco*, Madrid: Castalia, 4. 57-143.
- PRADO, Ángeles (1980): "Seudónimos tempranos de Pérez de Ayala". *Ínsula* XXXV/404-405, 18-9.
- PRIETO JAMBRINA, Juan Ramón (1998): *El humanismo armónico de Ramón Pérez de Ayala*. Alicante: Universidad de Alicante.
- ORTEGA Y GASSET, José (1941): *Moedades*. Buenos Aires: Austral.
- ORTEGA Y GASSET, José (1963): "Al margen del libro A.M.D.G.". En *Obras completas I*. Madrid: Revista de Occidente. 532-5.
- ORTEGA Y GASSET, José (1965a): *Obras Completas VIII*. Madrid: Revista de Occidente.
- ORTEGA Y GASSET, José (1965b): *Obras completas IX*. Madrid: Revista de Occidente.
- ORTEGA Y GASSET, José (1966): *Obras completas IV*. Madrid: Revista de Occidente.

- ORTEGA Y GASSET, José (1969): "Glosas a un discurso". *El Imparcial*, 11 de septiembre de 1908. En *Obras completas X*. Madrid: Revista de Occidente, 80-4.
- ORTEGA Y GASSET, José (1974): *Epistolario*. Madrid: Revista de Occidente.
- ORTEGA Y GASSET, José (1981): *Ensayos sobre la generación del 98 y otros escritores españoles contemporáneos*. Madrid: Revista de Occidente en Alianza Editorial. Ed. de Paulino Garagorri.
- ORTEGA Y GASSET, José (1987): *Epistolario completo Ortega-Unamuno*: Madrid: Ediciones El Arquero.
- PASTOR Y MOLINA, Roberto (1908): "Vocabulario de madrileñismos". *Revue Hispanique*, XVIII, 51-72.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (1913): *Troteras y danzaderas*. Madrid: Renacimiento.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (1923): *Troteras y danzaderas*. Madrid: Mundo Latino.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (1924): *Obras completas*. IX. Madrid: Renacimiento.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (1942): "Prólogo" a *Troteras y danzaderas*. Buenos Aires: Losada. 5-21.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (1963a): *Obras completas I*. Madrid: Aguilar.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (1963b): *Obras completas III*. Madrid: Aguilar.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (1963c): *Tributo a Inglaterra*. Madrid: Aguilar.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (1964): *Ante Azorín*. Madrid: Biblioteca Nueva. Ed. José García Mercadal.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (1965): *Obras completas II*. Madrid: Aguilar.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (1972): *Troteras y danzaderas*. Ed. Andrés Amorós. Madrid: Castalia.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (1980): *Cincuenta años de cartas íntimas*. Ed. Andrés Amorós. Madrid: Castalia.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (1985): *Crónicas londinenses*. Ed. Agustín Coletes Blanco. Universidad de Murcia.
- PÉREZ FERRERO, Miguel (1973): *Ramón Pérez de Ayala*. Madrid: Fundación March y Guadarrama.
- SCANLON, Geraldine (1988): "Trece dioses: novela perdida de Pérez de Ayala". *Insula*, 503 noviembre 1988. 28.
- SOLÍS, Jesús Andrés (1979): *Vida de Ramón Pérez de Ayala*. Gijón: Imprenta el Faro.
- TORRE, Guillermo de (1962): *La aventura estética de nuestra edad*. Barcelona: Seix Barral.
- UNAMUNO Y JUGO, Miguel (1965): *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno*. Recopilación de Sergio Fernández Larraín. Santiago de Chile: Editorial Zigzag.
- WEBER, Frances Wyers (1966): *The Literary Perspectivism of Ramón Pérez de Ayala*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.